

HOMBRE DE AMERICA

FUERTE Y LIBRE

18



30 CENTAVOS
O 10 dólares en el extranjero

DIBUJO DE ANIANO LISA

GAUGUIN

por Pedro Olmos

ANIANO LISA

POR QUE ESTAMOS AISLADOS

El autor de la carátula del presente número y del cuadro que reproducimos en esta página es un pintor de vanguardia y aprendiz de labor.

Nació en Talavera de la Reina, en Toledo, en el año 1915.

Llegó a Buenos Aires a los 7 años y a los 12 comenzó a dibujar.

Curó la Escuela Nacional de Bellas Artes. A los 15 años publicó sus primeros dibujos en diarios y revistas. A los 16 expuso por primera vez.

Ha practicado el fresco, el grabado, la ilustración y otras técnicas.

POSICION

Es muy difícil mantener el cerebro en la punta del alma, y que de la tierra, aprenda a descubrir sus propias tinieblas. Es difícil escapar en medio de los fantasmas de cada uno para destruir lo que hay que salvar. En verdad nada hay tan difícil como materializar nuestras sombras; llevar de lo abstracto a lo concreto todas las ideas y sentimientos que se agitan y se convierten en las venas y arterias del espíritu. La obra de arte es la supervivencia del hombre histórico más allá de su momento en el tiempo; es la prolongación del alma; el lenguaje de nuestra raíz; el equilibrio del mundo interior con el exterior. El arte nace pero luego hay que hacerlo, como también puede nacer a medida que se hace. Revenir valerosa y hacerlos cociente en armonía debe ser la ambición del artista.

Forma, luz y color juntos, pero inconcomunicados, dan la idea de lo que no debe faltar en un cuadro, pero no lo es al que debe ser la obra de arte, que es forma.

Algunos se ocuparon en renovar valores, para saber cuál la falta a tal o cual pintura, y qué es lo que necesita esta obra; y así no sólo se logra revivir en partes proporcionales cada uno de los valores, sino por



como reacción de uno sobre el otro. Lo cierto es que a las buenas obras de cada una de esas escuelas no les falta nada, cualquiera sea el nombre que se les da, tienen de cada cosa lo necesario. El equilibrio no se logra revivir en partes proporcionales cada uno de los valores, sino por

una justa presentación en el otro. El realismo o surrealismo en el tras de tal o cual concepto de belleza, sino que lo concebido por sus propias furias y por la importancia del mundo que describe, convierte en realidad viviente.

ANIANO LISA

Un libro de la carátula del presente número y del cuadro que reproducimos en esta página es un pintor de vanguardia y aprendiz de labor.

Nació en Talavera de la Reina, en Toledo, en el año 1915.

Llegó a Buenos Aires a los 7 años y a los 12 comenzó a dibujar.

Ahora toca a Pedro Olmos, pintor chileno residente en Buenos Aires, describirnos la vida del niño de Flore Tristán. En su libro, que editará "América", se retrata los episodios más terribles de aquella vida extraña y terrible: la infancia traumática, la juventud viajera, la madurez acomodada, la oporiedad del gesto. Con estilo directo y sobrio, Olmos nos ilustra en los múltiples matices de ese viaje. Pero su condición de pintor, y de pintor americano omite de este relato y de sus hombres, le permite regalarnos con perspectivas nuevas a la contemplación de Gaudin. Con decisión valerosa nos advierte: "En Europa, tierra a la que nuestra plástica mira para orientarse, las circunstancias han puesto una hora sin sonido. Aporechimos para alinear un silencio resonador. " Y en el capítulo final "América y Gaudin" —sin duda el más sugestivo— solidifica raíces y ofusca ideas de la corte autística del continente. "Nuestro artista —dice Olmos— no se ha preocupado por captar América, sino que, atravesado el mar, ven a estar al tanto, como decía Platon, y su individualidad trágica se deja moldear por un arte viviente: nuestros países habitan en plástico un potito francés".

Frente a este manifiesto, Olmos nos con Gaudin el espíritu de la independencia. El espíritu amable e invariable del artista franco-peruano deriva ceros y de otros hallazgos. Un imperioso mandato de vitalidad le lleva a no tornarse plácidos propios en la hoadura de la jungla plástica. Y al cabo de su tránsito regresó con caballos azules, perros ro-

jos, paredes violetas. O campaneó la vana elegancia ("De dónde venimos, qué somos, a dónde vamos"), tiene presente metalingüístico en un lenguaje de rutilante belleza.

Olmos propone con Gaudin que "la barbarie sea rejuvenecimiento". Es decir: retorno a los fuentes, pero a vitalidad del pueblo y de la historia, de donde brota, sin falsificaciones, el genio americano. Y recuerda: "Gaudin supo extraer de pue-

bles y elementos todo lo que le convenía. Todo su talento habla de inteligencia, de libertad, de intensa persecución de una idea propia, con su luz que guía su poder: hacer del mito una realidad". México, por mano de Diego Rivera, supo transmutar la realidad propiamente en subto creación de bronce, clásica y fría de la escuela continental. Olmos se pero que nuestros artistas sepan aprovechar los ciertos y llegar "hacia el corazón latido, ha-

ción la raíz de la raza que desde agita hasta hoy ha despertado a los hombres que sepan aprovechar".

Libro escrito con amor y conocimiento, éste de Olmos se recomienda a todos. No de encontrarse en el arte verdadero reconstrucción de ese vacío oporiedad y un juicio escaso de pintar sobre una obra imprecisa y aleccionada.

ANDRES TOWNSEND

Desde distintas partes del continente colaboradores y amigos nos expresan su estupor ante la posición de aislamiento que se ha ubicado la Argentina, en el orden interamericano, debido a la política de nuestro gobierno, manifestándonos la dificultad de hallar razones que justifiquen tal actitud. Más aún, compungidos que se está difundiendo en el exterior un equívoco lamentable y pernicioso, en el sentido de considerar "argentina" como sinónimo de "fascista", de la misma manera que se confunde frecuentemente "alemán" y "nazi".

Es indudable que no nos heno en lo más mínimo el concepto que se está formando en los pueblos hermanos acerca de nuestro país. Y no vemos a popularizar contrarrestarlo con altisonantes manifestaciones de fe democrática o antifascista, ni con difrunciones rotundas acerca de los sentimientos antilibertarios del pueblo argentino. Porque sabemos que así es, en efecto, y que en nuestro país no existe ninguna organización autística de tipo fascista que revista importancia, no habiendo otro peligro fascista del que pueda emanar de las propias esferas gubernamentales, también poseemos lo profundo y doloroso convicción de que ello es factible porque el pueblo argentino ha resignado sus derechos fundamentales, tolerando con su inacción una política internacional diametralmente opuesta a sus opciones, sentimientos e intereses.

Conviene que retomemos nuestra posición: en ningún momento hemos apoyado la intervención directa, militar, de nuestro país en la guerra. Pero sí la inmediata ruptura de todo clase de relaciones, diplomáticas y comerciales, con las naciones totalitarias; si la lucha decidida, tenaz, hasta el aniquilamiento de todas las fuerzas nazifascistas que actúan acá, desmoralizadas o encubiertas.

Consideramos la política de "neutralidad", vale decir, lo negativo a romper las relaciones con los gobiernos del eje, como totalmente favorable a éstos. Y, aunque pueda parecer extraño, en ningún momento, sin embargo, nos ha satisfecho la explicación simplista de que tal política se realizaba sólo a causa de las inclinaciones profascistas de los funcionarios que dirigen la posición nacional en el orden exterior.

Atentados por el mismo anhelo de hallar los motivos que justifiquen esa actitud, tan atentadoro a los intereses materiales de la nación como a su prestigio moral, hemos procurado desmenujar el fondo de la cuestión. Poderosas razones nos inducen a analizar serenamente los aspectos vitales del problema: ¿Por qué un gobierno oligárquico, expresión neta de los latifundistas y ganaderos argentinos, cuyos intereses defiende en forma absoluta, recurriendo a decretos cuando no la parvas violencias, se esfuerza contra los intereses hostil a las fuerzas que ejercen control sobre la producción de mercancías de exportación? ¿Cómo se confirma la indicación de que pertenecemos al núcleo de naciones productoras de materias primas, semicomerciales, dependientes en gran parte del exterior, y por consecuencia supeditados en mayor o menor grado a lo político de las grandes potencias que regulan nuestra economía, y que no son por los ciertos las nazifascistas? ¿Cómo explicar que, aun en estos momentos, cuando lo som-

bro de la derrota se cieme sobre los ejércitos del eje, se insiste en una política antidecrática y que acusa inopertunidad?

Tráigase perspectivas actuales para nuestro país! ¿Es posible admitir que la miopía de los funcionarios gubernamentales sea tan absoluta que no perciban cuál lo de ser nuestra situación en la posguerra, justamente cuando debieron surgir esperanzas de resarcimientos de los sufrimientos presentes?

Con toda sinceridad, creemos que la política argentina se mantiene no sólo porque es tolerada por las naciones aliadas, sino porque así conviene a ciertos intereses no confesados, pero que emanan de la fricción interna del frente democrático, luchas por el predominio posterior a la victoria e intentos de anular la acción de uno de los países que podría oponerse eventualmente a una mayor expansión imperialista.

Los argentinos comprobamos que, disponiendo los aliados de un absoluto control de las rutas marítimas que nos unen con el exterior, estando en sus manos aplicar un riguroso bloqueo, o la adopción de medidas que induzcan a un cambio de actitud, se prefiere una complacencia que induce a sospechas. Y ello da margen a numerosas deducciones, equivocadas o no, pero justificadas por los hechos: ¿No es éste un método, el más eficaz, de desprestigiar a la Argentina y quitarle todo derecho de intervenir en las conferencias que procuran solucionar los problemas de la posguerra? Desde este punto de vista, es comprensible que para los Estados Unidos sea menos grave un gobierno como el de México, por ejemplo, que el argentino actual.

Otro caso que no escapa a nuestra percepción es el mantenimiento, a pesar de la guerra, de las profundas rivalidades económicas, en este país, entre ingleses y norteamericanos. Y comprobamos que la propaganda británica no alude a la unidad panamericana, ni demuestra mayores anhelos de que exista una América unida, ideal que se obtendría con la incorporación de la Argentina al frente continental, pero que sin duda alguna sería una unidad bajo la hegemonía yanqui.

De todas maneras, sean exactamente éstos los motivos que posibilitan el mantenimiento de la disidente actitud gubernamental argentina, u otros que desconocemos, lo cierto es que nos llamamos a la reflexión y nos incitan a adoptar posiciones precisoras.

Descartando la derrota militar de las naciones agresoras, nos queda el tremendo lair de los elementos totalitarios o simpatizantes del nazifascismo que no han sido extirpados de nuestras tierras. Nos quedan en América gobiernos dictatoriales como los del Brasil y Perú, apoyados por los aliados con el mismo fervor que sostienen regímenes como el de Franco en España: nos restan otros que han desempeñado el papel de simples instrumentos de determinado político, pero que en ningún caso están en condiciones de oponerse al imperialismo.

Existen, todavía, a nuestro juicio, numerosas posibilidades de actuación para nuestro pueblo, en defensa de sus libertades y derechos. Tendremos o que se realicen, y no será el único forma en que disminuiríamos la detestable calificación o que aludimos al principio, que rechazamos con energía.

No pueden ni deben sernos indiferentes los intentos de unidad democrática o de "unidad nacional" que se vienen propiciando desde varios sectores de opinión.

En todos los ámbitos del país la fórmula de unidad se invoca como una panacea. La verdad es que, no vale la conciencia pública argumentar sino de todos los pueblos del continente, experimenta en la más íntima de sus luchas y afores la urgencia de una no bien definida unidad. ¿Cómo darle a ésta un sentido profundo y permanente, y no transitorio y circunstancial? Quienes escuchan la voz *populi* para orientarla, tienen el deber y la responsabilidad de no incurrir en el error intencional o quizás involuntario, de desviarla aún más en la actual incertidumbre, vacilación o desconcierto que presiona y anula la voluntad de las masas. Porque si la unidad resultase manoseada, desvirtuada en su valor afirmativo de cohesión, por ser utilizada como móvil de intereses rivales de dominio partidista, el remedio sería peor que la enfermedad, agravándose el caos para beneficio exclusivo de las luchas ocultas pero manifestadas de la reacción.

Empecemos por afirmar que hace mucho que existe el peligro del fascismo en nuestro país, y sin embargo es recién ahora cuando surge una necesidad política de alcance puramente electoral, que se plantea categóricamente la unidad, creyendo de tal modo el equivoco en cuanto a las verdaderas finalidades que se persiguen con ella. Todos los dirigentes políticos que intervienen, afirman que el momento actual, cargado de culpas y errores, exige una lucha sin postergación hacia lo inmediato posible, de corte rápido, para evitar que la reacción siga avanzando. Hay razón en ello, pero tal limitación en lo inmediato posible, puede entrañar un peligro muy grave. Olvidanse quienes afirman tal necesidad, que todas esas culpas y errores vienen de lejos y que se ha perdido un tiempo precioso al tolerar la demagogia política, los despliurros oficiales, el sojuzgamiento de los derechos y conquistas proletarias, el lento y sistemático cercenamiento de las libertades primarias de cualquier democracia sin mayor evolución, la infiltración totalitaria en las altas esferas gubernativas y financieras, con extensas ramificaciones en los medios populares.

De nuestra parte, por propio imperativo moral, no nos situamos aquí en la fácil crítica pasiva, que al negar todo significa irresponsabilidad, ya que puede estar en la limitada acción puesta en tela de juicio, y que por más acertada que fuera no es en sí acción, aunque pueda ser crítica que oriente toda acción desviada ajena.

No es para nosotros la unidad un simple cálculo de probabilidades ni una cábala oportunista. Es unión y no reunión sin principios, definición clara por una finalidad emancipadora, y no apresurada conquista de poder. Es en fin la unidad una razón de existencia, de perduración, de vitalidad de todas las fuerzas antitotalitarias del país, por la lucha y la defensa de la libertad, en esta gravísima crisis de régimen que no es meramente político-institucional de superestructura, sino social y económico, en la misma estructura básica. Y porque la crisis afecta la vida popular en sí, es que sólo puede ser salvada con una unión auténtica de fuerzas que tenga raíces profundas en la entraña viva del pueblo. Por eso hay que ir más allá de una unión fermentada con fines electorales, limitada visión que no trae soluciones para la honda crisis; hay que tender hacia una franca y abierta unión popular, inmediata, directa, muralla de contención contra el creciente avance fascista que se ampara detrás de una fingida neutralidad en lo internacional para así tener carta blanca en su reacción disfrazada de nacionalismo. Hemos dejado avanzar el mal, que se ha metido en las visceras, y con ingenuidad se busca mitigar la superficie. No puede haber igualdad en algunos dirigentes de procedencia oligárquica, que incluyen en la "unión nacional" hasta las "fuerzas vivas". ¿Que unidad, unión o liberación nacional pueden defender las fuerzas oligárquicas que dieron origen a los fondos, intervenciones centralistas contra la menudada autonomía de las provincias, política y economía dirigidas, medidas de represión, estado de sitio casi permanente, prácticas de corte corporativista progresivo, etc., si aquella oligarquía fue cómplice y gestor de todas esas graves anomalías? Ellos incubaron el desquicio institucional. A su vez, la inercia, la debilidad o la complacencia, los apetitos de los partidos políticos que no querían perder sus representantes en el Parlamento, favorecieron los planes oligárquicos radicales o conservadores o neutros, no alentaron la conciencia pública para abrir los ojos, mataron la iniciativa popular, sembraron la duda, quebraron la fe, porque no les gustaba la salud moral del pueblo, que llamaban soberano, sino la amargura de no valorar las ambiciones de poder. La situación actual no vino llovida del cielo. No sólo la creó el conservadurismo dueño del poder, sino las fracciones opositoras que hoy quieren usufructuar una unidad que en verdad nunca sintieron. En una auténtica unión popular contra la reacción y el fascismo, no pueden tener cabida los elementos oligárquicos más o menos disfrazados ni cierta clase de demagogos que han contribuido

a crear la confusión en los medios populares con sus consignas contradictorias. Sobre la base de las entidades liberales del país y las fuerzas izquierdistas que no confluyen con ninguna dictadura, de las organizaciones obreras y estudiantiles, de los núcleos culturales y sin partido, de toda la verdadera parte sana, de pueblo auténtico, debe realizarse la construcción unificada, con fines concretos de lucha, fuerte, resistente a cualquier embate reaccionario.

Creemos en el pueblo, en su vigor insospechado. El pueblo argentino, el pueblo laborioso del país, ni es neutral ni es pasivo. Es, por el contrario, profundamente antitotalitario. Teme ser engañado una vez más, y por ello se rezaga; pero que se le dé una visión social a la unidad, y será un pueblo despierto y en marcha. Por más que la reacción se imponga, el pueblo siente, como fuerza laboriosa, en medio de su actual angustia y fe quebrantada, sumido como se halla en una cobardía colectiva propicia a las dictaduras, que podría erigirse sobre sí mismo, recuperando fuerzas de lucha por medio de una tónica saludable y enérgica, como sería indiscutiblemente una unión popular con este lema único: defensa de las libertades públicas contra el totalitarismo. Posición íntegra, no fragmentada, libre de todo equivoco oportunista referido a mezquinas finalidades electorales.

La unión contra el enemigo común más peligroso y despiadado es una ineludible exigencia en todo el país. Y en toda América. La gran tragedia mundial ha convertido a esa lucha contra el mayor enemigo común en un problema universal de vida o muerte. ¿Cómo podría relegarse a segundo término o aun olvidarse, en una fusión de fuerzas populares, la lucha sin cuartel contra el totalitarismo? Tal urgencia ha sido comprendida por casi todos los pueblos de América, algunos de los cuales han llevado incluso su apoyo antitotalitario a aspectos formales de una intervención en la guerra del lado de los aliados. Pero ha sido mal encauzada, al tomar solamente contacto con la parte exterior del peligro fascista, olvidando que éste tiene su mayor fuerza en sus elementos ocultos que actúan dentro de cada país disfrutando de una libertad de acción mucho mayor que la libertad de que dispone el pueblo para manifestarse. Los hombres y las organizaciones sinceramente inspirados en esta lucha antitotalitaria, están, pues, ante el imperioso deber de encauzar los sentimientos populares, en cada país de América, por los caminos de la libertad que no han sabido mostrarles los dirigentes de partidos que aunque se llamen demócratas se olvidan de superar la democracia.

Desde las firmes columnas de HOMBRE DE AMÉRICA, formando parte de un movimiento de liberación americana, claramente definido, que tiene "hacia la unidad de acción de todos los hombres y organismos que bregan por la libertad, con absoluta exclusión de las corrientes totalitarias", y que trabaja "por un auténtico federalismo que vitalice la autonomía dentro de la unidad, sobre la base de regímenes libres tanto en el orden interno de cada país como en el continental", extendemos nuestro llamado para que cada país de América pueda crear su unión popular antitotalitaria, para poder cimentar las bases de una unidad continental por sobre límites fronterizos. Esta unidad continental no puede existir sin pueblos libres, y sin la formación de unidades populares que luchan por regímenes de libertad. No hay ni puede haber unidad sin libertad. Los pueblos reunidos como rebafos en vano hablarán de unión, aunque sus gobernantes la mencionen para confabularse entre ellos contra los pueblos sumisos. La "unión nacional", si no es popular, suele ser recurso de dictadores para aglutinar a sus pueblos contra un supuesto o real peligro exterior. Sepan los pueblos de América que deben unirse por propia voluntad contra los poderes coercitivos que les niegan esa libertad de defensa común contra tal coacción. Sepa el pueblo de nuestro país, que para contrarrestar el avance del centralismo, para que el empobrecimiento de las masas trabajadoras y la exorbitante carestía de la vida que aflige a los hogares argentinos, puedan ser afrontados con un mejoramiento de la vida social y económica, será preciso reconquistar las libertades públicas esenciales, y unirse todos los que forman parte de la gran masa popular para tal conquista. Demos a la unidad un alcance social que es el que corresponde, y veremos que al impulso del llamado para una unión popular antitotalitaria, renacerá la fe quebrantada del pueblo, no habrá incertidumbre ni vacilación, porque no hay fuerza mayor que la del pueblo cuando ha recuperado la confianza en sí mismo. Bajo lemas de lucha precisos, constructivos, sin superedificaciones a los elementos opresores en el orden interno, sin concesiones de ninguna índole a los simpatizantes o agentes de gobiernos totalitarios, puede concretarse un vigoroso movimiento. En síntesis: movilizar al pueblo en torno de una unión que surja y se desarrolle en su propio seno, con sus directas formas, teniendo como necesidad primordial la lucha contra el totalitarismo. La unión popular antitotalitaria es, en las actuales circunstancias, la única garantía de actuación firme y permanente para los hombres y organizaciones libres de América.

El pianista había llegado a Buenos Aires. Su vida se esforzaba en su lecho de enfermedad. Enferma sin enfermedad, pedía con los labios. Con los labios de dieciséis años callados, de dieciséis años de silencio y de la insinuación, de dieciséis años de la insinuación y de deseos: enfermedad de juventud.

Hacia tiempo que no se veían. El pianista la había descubierto en un colegio de niñas. Ella en el colegio de niñas. Ella en el colegio de niñas. Ella en el colegio de niñas.

—Los éxitos no acompañan más que en el instante mismo de los éxitos... me había dicho, tantas veces a sí mismo... Teresa... Teresa... Teresa...

—¿Qué maravilloso espectáculo, éste de Buenos Aires? Ya hacía tiempo que no lo veía. No veía más que la oscuridad. No veía más que la oscuridad. No veía más que la oscuridad.

—Señal años. Bien llevas la cuenta. Señal años que no nos veíamos. Señal años de soledad para los dos.

—Porque tú no has crecido. No me lo echas en cara. No me lo echas en cara. No me lo echas en cara.

—¿Qué hacer? No podía renunciar a su único sosten, a su único camarero. El piano, al parecer, lo comprendía. No daba nada nuevo, pero lo escuchaba, le llegaba a interpretar.

[Ah, si el piano fuera mujer! No los pianos no pueden ser mujeres. Y las mujeres no pueden ser pianos. Pero para ellas. Pero todavía para ella.]

—[Mi hija, mi hija! ¡Dónde está Teresa?]

—Con su enfermedad. ¡Siempre con fiebre!

—Siempre misterio. Sólo Dios sabe lo que tiene.

—Bueno pero hace falta que lo tenga también un mundo. No es sólo de Dios. No es sólo de Dios. No es sólo de Dios.

—No creo, hermano, que el remedio está en la ciencia. Es una fiebre terribilísima, epistémica, decíamos, física, exaltación espiritual, a veces de fervor religioso, a veces de alegría profana.

—No sé cómo decirlo... Alegrías del mundo, modos de vivir, ansias de libertad desde la vida, cualquier cosa menos hacer el suicidio.

—Hija de su padre. Además, está en la edad... De su misma edad tenemos noticias, y algunas en tiempos de esos ataques.

—La historia, Rosalía, es más sencilla de distinguir, más sencilla de distinguir, más sencilla de distinguir.

—[Qué enfermedad es esta? No la conozco.]

—Hermana... ¿No sabes qué es la mujer que ha nacido para esto... para que se acostee al mundo... al llegar a la vejez... el instinto de mujer... —Pero eres crítica pasc. En Teresa van en aumento la enfermedad?

—[¿Ves como si conoces la enfermedad?]

—Albondo sea Dios.

—Sobre el crucifijo de la cabecera de la cama cilla la luz violeta de una ventana. Los brazos de Teresa se cerraron en un beso.

Palabras sin sentido, risas sin danción, preguntas sin respuestas, calma y silencio repentinamente.

—[¿Qué maravilloso espectáculo, éste de Buenos Aires? Ya hacía tiempo que no lo veía.]

—Señal años. Bien llevas la cuenta. Señal años que no nos veíamos. Señal años de soledad para los dos.

—Porque tú no has crecido. No me lo echas en cara. No me lo echas en cara.

—¿Qué hacer? No podía renunciar a su único sosten, a su único camarero. El piano, al parecer, lo comprendía. No daba nada nuevo, pero lo escuchaba, le llegaba a interpretar.

[Ah, si el piano fuera mujer! No los pianos no pueden ser mujeres. Y las mujeres no pueden ser pianos. Pero para ellas. Pero todavía para ella.]

—[Mi hija, mi hija! ¡Dónde está Teresa?]

—Con su enfermedad. ¡Siempre con fiebre!

—Siempre misterio. Sólo Dios sabe lo que tiene.

—Bueno pero hace falta que lo tenga también un mundo. No es sólo de Dios. No es sólo de Dios. No es sólo de Dios.

—No creo, hermano, que el remedio está en la ciencia. Es una fiebre terribilísima, epistémica, decíamos, física, exaltación espiritual, a veces de fervor religioso, a veces de alegría profana.

—No sé cómo decirlo... Alegrías del mundo, modos de vivir, ansias de libertad desde la vida, cualquier cosa menos hacer el suicidio.

—Hija de su padre. Además, está en la edad... De su misma edad tenemos noticias, y algunas en tiempos de esos ataques.

—La historia, Rosalía, es más sencilla de distinguir, más sencilla de distinguir, más sencilla de distinguir.

—[Qué enfermedad es esta? No la conozco.]

DE MUSICA Y... DE LO CONTRARIO

—preguntó Teresa casi sin voz, todas. Europa me enseñó a amar a los genios y a sus obras. Con Europa aprendí a odiar, a ser feliz. Ahora es ella la que persigue, la que maltrata a mis amores. Pienso, hija, por un instante, que yo te hubiera enseñado las gracias de un hombre hacia conseguir que te enamoras. Pienso que, fíjate de haberlo hallado en tu camino, fuera yo mismo quien, en tu espíritu, ocurriera la atracción de tu lado o el ultraje en tu presencia. ¡Comprendes cómo sería tu estado de ánimo!

—Te odiarías con toda mi alma. Si me supieras loco, o bohemio, no me odiarías. Esperanza de mí lo que yo digo de Europa; el tengo contigo, así que no lo merezco.

De un grandísimo cerámico, llegó a la sílaba una canción de Schubert, interpretada por Tausler. El pianista quedó estupefacto.

—¿Un vecino de enfrente, ¿verdad?]

—Si en ella estoy. Pero soy como el personaje de Heine. Si alguna vez volví a Europa, me encontré con el otro "yo", que nunca se morirá de la vejez. Siempre estará allí, bajo la luna que lo hizo amante, frente al balcón de su ilusión.

—Tú no quieres a América, ¿verdad?]

—Mucho. ¡Quiero a la voy a querer, a América eres tú! Mucho. ¡Quiero a la voy a querer, a América eres tú!

—¿Qué es?]

—Esta canción en alemán.

—¿Qué dice la letra?]

—Lo mismo que la música.

—[Callada la noche, la luna desciende en aquella casa. Hice mucho tiempo dejó la ciudad. La casa, no obstante, allí se quedó.]

—[Frente a un hombre, en la esquina, resurre sus manos. América está desierta. ¡Qué hebras se produce en público agosto! La luna me muestra mi propia figura.]

—Frente a un hombre, en la esquina, resurre sus manos. América está desierta. ¡Qué hebras se produce en público agosto! La luna me muestra mi propia figura.]

—[El que se burlaba de él, el que estaba en la esquina...]

—Era su doble, el "Doppel gänger", el otro "yo", que nunca se había morido de la vejez. Siempre estaba allí, bajo la luna que lo hizo amante, frente al balcón de su ilusión.

—Tú no quieres a América, ¿verdad?]

—Mucho. ¡Quiero a la voy a querer, a América eres tú! Mucho. ¡Quiero a la voy a querer, a América eres tú!

—¿Qué es?]

—Esta canción en alemán.

—¿Qué dice la letra?]

—Lo mismo que la música.

—[Callada la noche, la luna desciende en aquella casa. Hice mucho tiempo dejó la ciudad. La casa, no obstante, allí se quedó.]

—[Frente a un hombre, en la esquina, resurre sus manos. América está desierta. ¡Qué hebras se produce en público agosto! La luna me muestra mi propia figura.]

—Frente a un hombre, en la esquina, resurre sus manos. América está desierta. ¡Qué hebras se produce en público agosto! La luna me muestra mi propia figura.]

—Frente a un hombre, en la esquina, resurre sus manos. América está desierta. ¡Qué hebras se produce en público agosto! La luna me muestra mi propia figura.]

—Frente a un hombre, en la esquina, resurre sus manos. América está desierta. ¡Qué hebras se produce en público agosto! La luna me muestra mi propia figura.]

—Frente a un hombre, en la esquina, resurre sus manos. América está desierta. ¡Qué hebras se produce en público agosto! La luna me muestra mi propia figura.]

—Frente a un hombre, en la esquina, resurre sus manos. América está desierta. ¡Qué hebras se produce en público agosto! La luna me muestra mi propia figura.]

—Frente a un hombre, en la esquina, resurre sus manos. América está desierta. ¡Qué hebras se produce en público agosto! La luna me muestra mi propia figura.]

—Maes que en 1492 la América adquiere importancia total en los destinos del mundo. Sus hombres, sus materias primas, sus posibilidades, y hasta su gran esperanza, están en marcha hacia la victoria. América tuvo sus críticos en 1812 cuando el intento de reconquista inglesa y en 1829 y 1830 cuando España pretendió reinstaurar sus proclamas, reharcer sus imperio abultado.

—Fueron, en verdad, días de prueba; pero los de ahora han sido más angustiosos, porque en ellos ha estado en peligro la América que tiene devoción a los números que la emanciparon políticamente. Está América concebida para la libertad, desde las utopías de los geógrafos y de los marinos que la entretuvieron poéticamente antes de la llegada de Colón a relinquir los límites que pelaron contra la demencia de la tiranía y con su sangre sellaron jornadas memorables. Joven hemisferio, que entre los necesarios relieves de la dignidad del hombre—desde que el héroe encarándose únicamente con la muerte—se ha ido debatiendo en larga lucha que no concluye aún hasta verse de sus dolorosas experiencias para ganar la ventura y ser el refugio de los trasladados que en la conquista del pan son aventados de los cuatro puntos cardinales hacia estas tierras lechadas de misterios y nubes y magnánimas como alcanos.

Estos días históricos nos encuentran haciendo caso omiso de las advertencias, cuando pueblos más fuertes—mucho más—que los nuestros, imponen su técnica de dominio para colmar las deudas que ocasionaron los empréstitos ruinosos—Isoriri en Chile, Micholana en México—o para adueñarse de minas y de crías exhaustas, gracias a la concepción y el fraude. Los tiempos van cambiando.

Estadistas de visión superficial nos han precedido con la sola invocación de la Democracia, y una rectificación de la política continental ha hecho posible que se organice un frente de espíritus que comenzó siendo jurídico y ahora es solidaridad política y económica que busca las simpatías y equilibra las diferencias.

La guerra ha permitido crear un nuevo clima espiritual en el que pueden respirar las aspiraciones más ilustres, aquellas que tienden a fortalecer y crear vínculos de eficacia fecunda. Querremos ser una gran hermandad de pueblos que después de ganada la guerra pueda llamar a la mesa del convivio a los otros pueblos, sin distinción de razas, ni de tradiciones culturales, porque América está llamada a construir un nuevo orden sobre bases sólidas de justicia social y de comprensión decoreas.

Antes nos conocíamos un poco; mejor dicho, sospechábamos las excelencias y las debilidades de los otros, y los complejos de inferioridad y de superioridad se exacerbaron, destruyéndose la clara visión del conjunto americano. Esta palabra "americano"—que en labios de nuestros fundadores tuvo el sentido cabal que hoy queremos darle—es un santo y es una palabra al sílen innombrable, que nos permitirá elaborar algo nuevo en la historia.

Y si antes sólo nos columbrábamos, porque nuestro sueño—artistas, hombres de estudio, viajeros—era el de ir a Europa a recibir en su fuente el renovador influjo de la cultura occidental y mental se nos abrió el primer ingreso a la América de la barbarización, para no convertirse "Indiano", hoy nos llamamos gozosamente hijos del insigne hemisferio. Bien estaba que acudiéramos a Europa en busca de sus nuevas ciencias, de los dones preciosos que el hombre europeo ha podido darnos en arte, en ciencia profunda, en elocuencia, en cortesía; pero América continuaba siendo para el rentista y el rastaquero, para el "mob" y el isorilista, la hacienda que sólo era buena para enviar al apóstrofo ultramar del Príncipe Felipe.

La mentalidad que servía para mantener encendida aquella

encantadora maquinaria. Aquellos que se quedaban aquí, peleando a la brava contra la tradición impura, la mentira metódica, el hombre anti-histórico; aquel Sarmiento, este Martí, el Indio Juárez, y luego Alberdi, Montalvo, y tantos otros, eran los que soñaban con el más imposible de los mundos. Pero a la larga ellos han tenido la razón y su estatura crece en estos días de esperanza y de angustia.

La guerra nos ha obligado a un nuevo examen de conciencia. Nos hemos puesto a pensar sobre la realidad en el destino de América; y estadistas que se han venido preocupando por la realidad americana, auténticos estadistas que trazaron esquemas para el futuro, nos los procuramos por los instantes que nos quedan. La participación: el nuevo hombre de América, la nueva sensibilidad, el nuevo orgullo.

Europa quedará deshecha después de esta hecatombe. Habrá salvado, en la victoria de la Democracia, las semillas de su cultura, las esencias de su mensaje; rebará su vida, elaborará otro estilo; pero muchos hombres de Europa vendrán a nuestras patillas en busca del ancho hogar prometido, y acaso muchos de ellos, pensando en que al término de la hecatombe tendrán que salir hacia un horizonte menos ensombrecido, se dirigirán a este hemisferio.

La guerra no sólo va a transformar nuestras normas de vida, de economía, de técnica; sino que abrirá más anchuras brechas a la aspiración política. Lo que ha sido voracidad y violencia tendrá que ceder el paso a la competencia de los honrados y los laborosos y al aprovechamiento de las capacidades brillantes, que siempre han sido postergadas bajo los regímenes de iniquidad y las virtudes de los que siempre salvó la tradición del bien herético, volverán a estar en el suelo.

Tengamos en el advenimiento de una América mejor. Nos sentimos en vísperas gloriosas. Pueblos distanciosos por la diversidad de los idiomas, están seguros de que las promesas de los fuertes serán cumplidas para mejorar la condición de los débiles Y—no es vano optimismo—hemos de ver llegar de todos los rumbos de la tierra, a los que mucho han sufrido, a los que traerán de tantos países su experiencia acendrada, su ambición de servir, su deseo de superarse en lo incesante y renovador pasión de la vida, que nunca se agota ni se cansa de dar.

Tengamos en que la hora de América ha sonado. La deuda que tenía emperrada con Europa—recalde la Revolución Inglesa, desde la Revolución Francesa—, la está saliendo al acudir con los materiales de triunfo que ha estado universal al hombre americano. El saludo "La Fayette: aquí estamos!" se hace más actual; pueden oírse todos los que antes sufrieron persecución por el justicia, lo mismo el profeta en la ergástula que el que puso la ciencia al servicio de la generalidad.

Con las escenas culturales del mundo que se demuestran y con las que resucitan arqueólogos y poetas, y visionarios y estadistas, nuestro hemisferio pondrá a prueba su capacidad de creación. Ya la han podido demostrar los del Norte con la grandeza de sus instituciones y su genio emprendedor, ya la han podido demostrar el Príncipe Felipe, un Rómulo Callegas en la novela, y tantas otras escenas, que se han atormentado en la hoguera eterna de la verdad y del amor.

La mentalidad que servía para mantener encendida aquella

encantadora maquinaria. Aquellos que se quedaban aquí, peleando a la brava contra la tradición impura, la mentira metódica, el hombre anti-histórico; aquel Sarmiento, este Martí, el Indio Juárez, y luego Alberdi, Montalvo, y tantos otros, eran los que soñaban con el más imposible de los mundos. Pero a la larga ellos han tenido la razón y su estatura crece en estos días de esperanza y de angustia.

La guerra nos ha obligado a un nuevo examen de conciencia. Nos hemos puesto a pensar sobre la realidad en el destino de América; y estadistas que se han venido preocupando por la realidad americana, auténticos estadistas que trazaron esquemas para el futuro, nos los procuramos por los instantes que nos quedan. La participación: el nuevo hombre de América, la nueva sensibilidad, el nuevo orgullo.

Europa quedará deshecha después de esta hecatombe. Habrá salvado, en la victoria de la Democracia, las semillas de su cultura, las esencias de su mensaje; rebará su vida, elaborará otro estilo; pero muchos hombres de Europa vendrán a nuestras patillas en busca del ancho hogar prometido, y acaso muchos de ellos, pensando en que al término de la hecatombe tendrán que salir hacia un horizonte menos ensombrecido, se dirigirán a este hemisferio.

La guerra no sólo va a transformar nuestras normas de vida, de economía, de técnica; sino que abrirá más anchuras brechas a la aspiración política. Lo que ha sido voracidad y violencia tendrá que ceder el paso a la competencia de los honrados y los laborosos y al aprovechamiento de las capacidades brillantes, que siempre han sido postergadas bajo los regímenes de iniquidad y las virtudes de los que siempre salvó la tradición del bien herético, volverán a estar en el suelo.

Tengamos en el advenimiento de una América mejor. Nos sentimos en vísperas gloriosas. Pueblos distanciosos por la diversidad de los idiomas, están seguros de que las promesas de los fuertes serán cumplidas para mejorar la condición de los débiles Y—no es vano optimismo—hemos de ver llegar de todos los rumbos de la tierra, a los que mucho han sufrido, a los que traerán de tantos países su experiencia acendrada, su ambición de servir, su deseo de superarse en lo incesante y renovador pasión de la vida, que nunca se agota ni se cansa de dar.

Tengamos en que la hora de América ha sonado. La deuda que tenía emperrada con Europa—recalde la Revolución Inglesa, desde la Revolución Francesa—, la está saliendo al acudir con los materiales de triunfo que ha estado universal al hombre americano. El saludo "La Fayette: aquí estamos!" se hace más actual; pueden oírse todos los que antes sufrieron persecución por el justicia, lo mismo el profeta en la ergástula que el que puso la ciencia al servicio de la generalidad.

encantadora maquinaria. Aquellos que se quedaban aquí, peleando a la brava contra la tradición impura, la mentira metódica, el hombre anti-histórico; aquel Sarmiento, este Martí, el Indio Juárez, y luego Alberdi, Montalvo, y tantos otros, eran los que soñaban con el más imposible de los mundos. Pero a la larga ellos han tenido la razón y su estatura crece en estos días de esperanza y de angustia.

La guerra nos ha obligado a un nuevo examen de conciencia. Nos hemos puesto a pensar sobre la realidad en el destino de América; y estadistas que se han venido preocupando por la realidad americana, auténticos estadistas que trazaron esquemas para el futuro, nos los procuramos por los instantes que nos quedan. La participación: el nuevo hombre de América, la nueva sensibilidad, el nuevo orgullo.

Europa quedará deshecha después de esta hecatombe. Habrá salvado, en la victoria de la Democracia, las semillas de su cultura, las esencias de su mensaje; rebará su vida, elaborará otro estilo; pero muchos hombres de Europa vendrán a nuestras patillas en busca del ancho hogar prometido, y acaso muchos de ellos, pensando en que al término de la hecatombe tendrán que salir hacia un horizonte menos ensombrecido, se dirigirán a este hemisferio.

La guerra no sólo va a transformar nuestras normas de vida, de economía, de técnica; sino que abrirá más anchuras brechas a la aspiración política. Lo que ha sido voracidad y violencia tendrá que ceder el paso a la competencia de los honrados y los laborosos y al aprovechamiento de las capacidades brillantes, que siempre han sido postergadas bajo los regímenes de iniquidad y las virtudes de los que siempre salvó la tradición del bien herético, volverán a estar en el suelo.

Tengamos en el advenimiento de una América mejor. Nos sentimos en vísperas gloriosas. Pueblos distanciosos por la diversidad de los idiomas, están seguros de que las promesas de los fuertes serán cumplidas para mejorar la condición de los débiles Y—no es vano optimismo—hemos de ver llegar de todos los rumbos de la tierra, a los que mucho han sufrido, a los que traerán de tantos países su experiencia acendrada, su ambición de servir, su deseo de superarse en lo incesante y renovador pasión de la vida, que nunca se agota ni se cansa de dar.

Tengamos en que la hora de América ha sonado. La deuda que tenía emperrada con Europa—recalde la Revolución Inglesa, desde la Revolución Francesa—, la está saliendo al acudir con los materiales de triunfo que ha estado universal al hombre americano. El saludo "La Fayette: aquí estamos!" se hace más actual; pueden oírse todos los que antes sufrieron persecución por el justicia, lo mismo el profeta en la ergástula que el que puso la ciencia al servicio de la generalidad.

Con las escenas culturales del mundo que se demuestran y con las que resucitan arqueólogos y poetas, y visionarios y estadistas, nuestro hemisferio pondrá a prueba su capacidad de creación. Ya la han podido demostrar los del Norte con la grandeza de sus instituciones y su genio emprendedor, ya la han podido demostrar el Príncipe Felipe, un Rómulo Callegas en la novela, y tantas otras escenas, que se han atormentado en la hoguera eterna de la verdad y del amor.

La mentalidad que servía para mantener encendida aquella

encantadora maquinaria. Aquellos que se quedaban aquí, peleando a la brava contra la tradición impura, la mentira metódica, el hombre anti-histórico; aquel Sarmiento, este Martí, el Indio Juárez, y luego Alberdi, Montalvo, y tantos otros, eran los que soñaban con el más imposible de los mundos. Pero a la larga ellos han tenido la razón y su estatura crece en estos días de esperanza y de angustia.

La guerra nos ha obligado a un nuevo examen de conciencia. Nos hemos puesto a pensar sobre la realidad en el destino de América; y estadistas que se han venido preocupando por la realidad americana, auténticos estadistas que trazaron esquemas para el futuro, nos los procuramos por los instantes que nos quedan. La participación: el nuevo hombre de América, la nueva sensibilidad, el nuevo orgullo.

Europa quedará deshecha después de esta hecatombe. Habrá salvado, en la victoria de la Democracia, las semillas de su cultura, las esencias de su mensaje; rebará su vida, elaborará otro estilo; pero muchos hombres de Europa vendrán a nuestras patillas en busca del ancho hogar prometido, y acaso muchos de ellos, pensando en que al término de la hecatombe tendrán que salir hacia un horizonte menos ensombrecido, se dirigirán a este hemisferio.

La guerra no sólo va a transformar nuestras normas de vida, de economía, de técnica; sino que abrirá más anchuras brechas a la aspiración política. Lo que ha sido voracidad y violencia tendrá que ceder el paso a la competencia de los honrados y los laborosos y al aprovechamiento de las capacidades brillantes, que siempre han sido postergadas bajo los regímenes de iniquidad y las virtudes de los que siempre salvó la tradición del bien herético, volverán a estar en el suelo.

Tengamos en el advenimiento de una América mejor. Nos sentimos en vísperas gloriosas. Pueblos distanciosos por la diversidad de los idiomas, están seguros de que las promesas de los fuertes serán cumplidas para mejorar la condición de los débiles Y—no es vano optimismo—hemos de ver llegar de todos los rumbos de la tierra, a los que mucho han sufrido, a los que traerán de tantos países su experiencia acendrada, su ambición de servir, su deseo de superarse en lo incesante y renovador pasión de la vida, que nunca se agota ni se cansa de dar.

Tengamos en que la hora de América ha sonado. La deuda que tenía emperrada con Europa—recalde la Revolución Inglesa, desde la Revolución Francesa—, la está saliendo al acudir con los materiales de triunfo que ha estado universal al hombre americano. El saludo "La Fayette: aquí estamos!" se hace más actual; pueden oírse todos los que antes sufrieron persecución por el justicia, lo mismo el profeta en la ergástula que el que puso la ciencia al servicio de la generalidad.

PACAGUILAR

6

HOMBRE DE AMERICA

HOMBRE DE AMERICA

RAFAEL HELIODORO VALLE

¿Cuál es, entonces, la razón del relativo éxito que la propaganda totalitaria ha alcanzado en ciertas mentes culturalmente desarrolladas y entre individuos no siempre dominados por pasiones morbosas de odio racial o ciego afán de dominio?

La respuesta que el autor le da es que se debe a que la propaganda fascista ha sabido explotar hábilmente las fallas y contradicciones más visibles de la democracia y del liberalismo, tales como aparecen en la vida práctica, atribuyendo esas defectos evidentes, no ya a la adulación, sino a la propia esencia de los principios de libertad, de igualdad y de derechos individuales que sirven como base jurídica del régimen que las fascistas llaman, con intención peyorativa, el régimen *democrático-liberal*.

Dado los innumerables blancos que éste ofrece a la crítica —en tanto que realidad orgánica— la tarea de sus impulsores es relativamente sencilla. Basta, en efecto, cuanto no tuvieren escrupulos en apropiarse ideológicamente de una parte de los argumentos que contra la democracia y

Al margen del hecho de que los sistemas totalitarios, con su pignerosa burocracia y la abolición de los derechos individuales, produce consecuencias mucho más perniciosas para la vida del individuo y de la colectividad, es lo cierto que la ideología y la mentalidad totalitarias, han penetrado más de lo que generalmente se supone entre las clases dirigentes de las democracias. Prueba de ello, son los numerosos actos de intervencionismo estatal en la vida económica, política y cultural de las naciones, en forma de fijación de precios, creación de monopolios, control bajo dirección gubernamental, restricción de las libertades públicas, formación de determinada mentalidad a través de la enseñanza oficial.

Sería pues cuestión de preguntarse: ¿Qué queda de viviente de la democracia y del liberalismo clásicos? ¿Cuáles son las causas de su fracaso y qué nos ofrecen para el futuro? ¿Vale la pena luchar por la restauración de la de-

Por lo demás, la aversión del fascismo por toda investigación desinteresada, por toda libre búsqueda de la verdad —requisito indispensable para la existencia de la cultura—, debería colocarlo en situación desventajosa en la lucha ideológica, allí donde hubiera cierta libertad de discusión, para confrontar principios e ideas, métodos y doctrinas.

De acuerdo con la concepción política liberal —que no significa necesariamente "individualismo"— la sociedad

El liberalismo político no pudo ser realizado, porque subestimó o no tuvo en cuenta el factor económico. Partió de la premisa de la igualdad de todos los individuos, para quienes reivindicaba los beneficios de la libertad. Pero desconoció el hecho real del privilegio económico que implicaba la institución de la propiedad privada y que el desarrollo técnico del capitalismo llevó a extremas de monopolio antisocial, convirtiendo en sarcasmo la libertad de los desposeídos. Privilegio social equivale a diferencias de clases y éstos engendran inevitables

No obstante, el liberalismo, como corriente ideológica, jamás logró sus fines y por el contrario, la democracia que pretendió llevarlos a la práctica, fue evolucionando hacia un gubernamentalismo cada vez más pronunciado. En vez de gobernar cada vez menos, se pretendía hacerlo cada vez

Justificando nuevamente la distinción de fondo que establece Rocker entre el concepto de democracia y el de liberalismo, las democracias vigentes son cada vez menos respetuosas de la personalidad humana y de las derechos individuales. La concepción democrática parte de la naturaleza humana y alienta la libertad de expresión y la cooperación colectiva y al mismo tiempo reconoce la existencia de diferencias individuales de clase y basa su poder en la soberanía popular, que como la experiencia histórica ha demostrado, ha sido otra cosa, que el predominio de las clases dominantes.

En nombre de una mayoría real o ficticia, un gobierno democrático no tiene que respetar las libertades públicas, sin salirse de los límites legales o doctrinarios de la democracia, que en tal caso agrega a su enunciado el adjetivo fuerte. El hecho de que actualmente se esté viviendo un conflicto mundial se ha permitido admitir como cosa normal que los gobiernos de los países emiten leyes y decretos que restringen o anulan la libertad de reunión, de asociación y de prensa; la libertad de entrada o salida del país, la libertad de trabajo o de enseñanza—verdadas a los extranjeros en determinados países—y que se imponen con plena y plenamente reconocida autoridad sobre la tendencia natural de la humanidad a la libertad. Y a poco que se profundice en el análisis de las condiciones sociales reinantes en cada país, en relación con los problemas mundiales del momento, se hallará que los conflictos sociales están y por consiguiente más o menos arbitrariamente se imponen con la mayor autoridad los conflictos sociales, al frustrarse inevitable-

SOCIALISMO Y LIBERTAD

al temor de las clases dirigentes de perder sus situaciones de privilegio.

Se comprende, pues, que en tales condiciones, las apologetas de la dictadura y del Estado totalitario encuentren el terreno abonado para su crítica demagógica de la democracia, lo cual es. Ellos pueden demostrar que las medidas restrictivas que adoptan las democracias, con el objeto de mantener el orden y resolver de algún modo las tremendas contradicciones económicas que amenazan la estabilidad nacional, son apenas balbuceos frente a las drásticas disposiciones que con igual propósito imponen las dictaduras totalitarias. Poco importa si, a consecuencia de tales disposiciones, aumenta la miseria y la esclavitud de las masas laboriosas. Eso se encubre o se disimula, para destacar con ruido de fanfarrias que el orden se ha salvado y que lo patrio es fuerte y respetado. Una vez que se ha llegado a admitir, aunque sea flectivamente, que el bienestar de los ciudadanos y los derechos individuales cuentan poco, frente a las magníficas abstracciones de Justicia, Estado, Nación, ha de llegarse necesariamente a la justificación de cualquier desorden que los totalitarios llevan en ese orden de razonamiento, toda la ventaja.

Ahora, frente a la tremenda tragedia desastrosa sobre el mundo por la agresividad totalitaria y ante la evidencia de las incalificables crímenes cometidos por las instrumentos del nazismo, en cumplimiento de frías órdenes impartidos por sus altos jefes, muchos administradores venganzados del Estado totalitario, se apartan con horror de su arquetipo político de ayer, máxime cuando aquí se halla bajo la amenaza de un indefectible aplastamiento en el campo de batalla.

Nuevamente se reivindica la libertad, como antídoto contra el maltrato dictatorial que había intoxicado el mundo. Y se ve la salvación en el triunfo y la consolidación de la democracia, de una democracia fuerte, orgánica, solidamente armada.

Dalemos advertir que se trata ahora de una libertad, bastante abstracta, que se resuelve en vagas libertades teóricas. No se recuerdan los viejos postulados del liberalismo y, por el contrario, tiende a afianzarse el poder del Estado, sobre las necesidades de la colectividad y las desechas del individuo. Ello se explica: estamos en una atmósfera de guerra y después de ella, se presente una atmósfera de revolución, de grandes desequilibrios y posibles transformaciones masivas. Y las clases dirigentes necesitan más que nunca el arma del Estado fuerte para defender sus privilegios.

Es posible, sin embargo, que no sean esas clases o sus jefes visibles, quienes digan la última palabra. Es posible que corresponda a los pueblos, eternamente sacrificados, decirlo acerca de su destino. Entonces, sobre la ruina de los privilegios económicos y políticos, habrá llegado la hora de realizar esos postulados que el liberalismo formuló, sin haberlos cumplido nunca. La libertad del individuo, acordado solidariamente con la colectividad, sólo será posible en un régimen de igualdad económica, es decir, de socialismo sin superestructura parasitaria, sin opresión estatal. La experiencia ha demostrado que el socialismo sin libertad, conduce a un régimen esclavizador y que la libertad sin socialismo «sin equidad económica» es una simple abstracción que termina negándose a sí misma.

En conclusión, podemos afirmar que el liberalismo político tiene o puede tener valor, si se le desarrolla en sus consecuencias prácticas, en síntesis vital con el contenido sustancial del socialismo. De lo contrario, tanto el liberalismo, como la democracia clásica, serán fórmulas muertas o simples detalles decorativos de los viejos sistemas de opresión, técnicamente renovados.

JACOB O PRINCE

En estas sociedades incipientes que vivimos, el arte—cuando, por venturoso, no es un producto superfluo—, es siempre un artículo de lujo.

El hombre, ante su excepción y su grandeza, adopta las posiciones más antagónicas, le rinde culto de fenómeno mágico o lo menosprecia y reduce a la categoría de bien mostrenco, con una inmediata caducidad hereditaria que lo hace caer a breve plazo en el dominio público.

De ahí la falta de eco de las manifestaciones artísticas nacionales, la orfandad en que se abandonan a los creadores del pensamiento y la belleza y la lógica inhibición que les provoca a los mismos la carencia de ambiente.

Otros factores intervienen en el hecho y por ahí damos con los puntos débiles y los errores de orientación que, si no justifican, explican las causas del lento desarrollo de nuestra cultura superior, del estancamiento de nuestra evolución y de la vida anónima, precaria y lamentable que arrastran, entre la frialdad, la indiferencia y la ignorancia de su propio pueblo, el pintor, el músico, el poeta, el novelista.

La formación de estos países con los aportes más heterogéneos y dispares, con el aluvión complejo y rico de las emigraciones, pergeñó el perfil de una sociedad polifacetedada en el sentido de la sensibilidad y la capacidad de comprensión, que determinó una multitud de gustos y de aptitudes de captación universal.

Se dió en nuestro medio, por manera fortuita e imprevisible, el cumplimiento cabal de la frase ecuménica del filósofo: no me es ajeno nada que sea humano.

Y el hombre de estas tierras, generoso y acogedor, hasta en sus adiciones y admisiones, no puso límites de raza ni de castas a cuanto de bello y de grande produjo el ingenio humano.

Esa posición, que debía ser la digna y loable, conspiró contra una homogeneidad de cultura, al igual que la confluencia de diversas razas no ha permitido el cuajar de un ejemplar humano tipo, aunque ignoramos si esto es lo definitivamente deseable, aunque puede significar la excelencia de un espíritu y de un estilo.

Tal carencia de estructuración de cultura dió cauce a la permanente corriente foránea de lo que aporta la fermental renovación y la inquietud febril, pero al mismo tiempo secretó una inestabilidad de árbol que, por extender inacabablemente raíces, ramas y folioles, se "va en vicio", en la gráfica expresión criolla, sin la gracia de la floración y el regalo del fruto.

Esa misma posición—quizás equívoca para una minoría de edad—propendió a que nuestros medios culturales responsables, encascan servilmente formas, procedimientos y programas ajenos, que no han permitido una expresión normal a nuestra inteligencia y a nuestra capacidad artística.

El niño ha crecido y exige la libertad de ser el mismo, pero los preceptores—que han heredado las remendadas mulletas de la anquilosada tradición—, no se atreven a quitarle los andadores.

De ahí derivan los píninos y los simulacros.

UNA CULTURA SIN BASES Y SIN ESPIRITU DEMOCRATICO

DESDE URUGUAY

¿Quiénes son los llamados a abrir horizontes y preparar caminos para los incipientes vixijos?

¿Dónde deben repercutir las manifestaciones de la cultura sino en el ángulo apto y capacitado para sentirla, comprenderla y valorizarla?

Pero, ¿cómo está conformada esa secta desde el punto de su concepto social e intelectual?

Esa clase, indudablemente la flor y nata de la sociedad, está integrada por el mundo cultivado y refinado que ha tenido la fortuna excepcional—porque el esfuerzo y el sacrificio de la colectividad se lo ha permitido—de participar del bien sublime del acervo de los conocimientos humanos, impartidos por los institutos adecuados.

Ese núcleo detenta, pues, por derecho propio, el privilegio nobilísimo de la custodia de lo que podríamos denominar el fuego sagrado de la religión de la sabiduría y de la gracia.

Dicha avanzada brillante, integrada por profesionales—que, aparentemente, piensan y sabe—es la teóricamente capacitada para captar el llamado del arte.

Sipongo lo hará en relación a lo foráneo, a lo exótico, a todo lo que huela a extraño o remoto.

En cuanto a lo inmediato, aborrecen tener que manifestar una casi unanimidad adopta una posición de "no tolerancia", provocando a muchos una situación difícil al responder—entre ofendidos e irónicos—que no leen libros nacionales.

Mucha culpa de ello radica en los programas oficiales de universidades y liceos, que fabrican por serie raciones de bibliotecas y pollizas de sistemas filosóficos y no estudiosos cultos, versados y empapados en filosofía o en literatura.

Hasta los altos centros de enseñanza, que se creían orados por los vientos renovadores de las reformas modernas, aun no ha llegado ni remotamente el sentido de

un nacionalismo puro y honesto, de un americanismo entrañable y de un democratismo substancial.

Los hombres de la calle, los que venimos de las bajas capas sociales, no poseemos diplomas que nos autoricen a formular cargos a los mentores de nuestra cultura híbrida, libresco y europeizante. Mas nos vemos forzados a decir nuestra verdad, porque deriva de los hechos un serio cargo de responsabilidades para los que no dan un índice lógico a la cultura, para los que abandonan a su oscura y desgraciada suerte a los artistas y, por ende, al pueblo, que espera de ellos la senda y el norte, luz para su espíritu y sentido para su vida.

No es este problema que deben resolver "los de arriba", los que salen de las escuelas primarias o se alfabetizan a salto de mata, robando tiempo al descanso, hambrientos de saber, volcados hacia afuera en un ansia de sentir, integrando el mayor porcentaje de lectores.

Entre tanto prolifera el mundo amorfo y opaco de los analfabetos, de los semiletrados, que engrosan la clientela de los aduados a las crónicas de caballos, de fútbol y de los pizarrones de las quinielas.

Algunos, pues, atenta contra el futuro de la inteligencia.

No es difícil identificar a los detentadores del privilegio de la cultura, en los que atrofian a la juventud en el botoso aburrido de literaturas momificadas y caducas, en sutilezas escolásticas de eruditos desocupados, en teorías de una inutilidad superlativa y cuando intentan dirigirse a la masa lo hacen en sánscrito o con el idioma de los inexistentes selemistas.

El pueblo no debe continuar sosteniendo una fábrica de profesionales enfatuados, extranjierizantes y ávidos de lucro, que se divorcia de él en la medida de sus algarasendo aristocráticos y del olvido de darle a la enseñanza un significado más democrático, más popular, más de bien colectivo y más de fin social.

Que los hombres que tienen en sus manos la responsabilidad de la cultura se ciudadanicen en sus propias tierras.

Que se "paren, miren y escuchen", como rezan los preventivos letrados del ferrocarril, pero que lo hagan con el corazón, para que no se repita un común fenómeno que simbolizaban en la auténtica constatación de un ilustradísimo profesional, que ocupara los más altos cargos docentes y que interrogado al respecto nos declaró:

«Yo no leo libros nacionales».

Esa confesión hace el lapidario proceso a una sociedad dilettante, imitativa y superficial, que sólo berriza con discreto birlito la epidemia de un cuerpo, en cuya entraña—por suerte y como una fecunda promesa—laten una sangre generosa y un fervor humano, que con climas romperá algún día su prisión absurda y suicida.

MONTIEL BALLESTEROS



Dardo Cúneo

"Toda gran convulsión en la historia del mundo —ha es-

El mundo viejo no morirá por propio reconocimiento de su vejez fatigada. No faltarán las fuerzas que quieran tatar el cadáver para animarlo de vida artificial y prolongar en nueva aventura su agonía. El capitalismo que ha asistido al desarrollo de la capacidad industrial en la guerra que ha visto multiplicarse prodigiosamente los resultados de la máquina bajo la exigencia bélica, contabilizará desde ahora sus producciones para cuando se gran impulso logrado por la industria vuelva a dirigirse hacia el mercado. No quedará el capitalista perder la oportunidad de aprovechar para sí en la próxima posguerra las condiciones de ese alto nivel

La paz del futuro será la de las naciones populares, sin complejos raciales, sin dependencias opresoras. Naciones libres en número tal como los pueblos quieran, que bagan una federación o federaciones. "La poderosa revolución que hoy está en marcha en todo el mundo —ha dicho Nehru, de la India— señala el camino para la federación mundial basada

en la libertad nacional y un sistema económico más justo. Esta es la meta de la India, un país unido, democrático, estrechamente asociado en una federación mundial con otras naciones libres. Queremos la independencia, pero no una independencia del viejo tipo."

Quiero pensar que es a los países coloniales — los de nuestra América que lo son — a quienes corresponde apremiarse desde ya en la posible depuración de sus democracias y en la formación de la federación de iguales para que ésta haga custodia y ejerza defensa. Únicamente el bloque de las naciones indolentes y corruptas podrá enfrentar riesgos que a sus destinos promuevan un capitalismo que saliera expansionista y triunfante de una guerra cívica. Recordemos que Estados Unidos no debe una respuesta a nuestra duda: ¿Es Roosevelt una persona de conciencia general o sólo un hecho aislado de accidental congruencia para la "buena verdad"? Y a esta obra: ¿Puede la "buena verdad" seguir fundado en el entendimiento con los tiranos suramericanos que no olvidemos que hasta el presente Gran Bretaña, con sus viejas instituciones, ha mostrado una resistencia a la reforma social en un proceso paralelo a la guerra, que los Estados Unidos arrogantes. Y tengamos presente que la democracia de las grandes potencias se proyecta hacia el futuro plano y se avizora a los inferiores planos coloniales que son los nuestros.

La federación de los países coloniales de nuestra América es el primer puente a tender hacia nuestro futuro. Sin ella, no seremos naciones; no seremos actores de ningún derecho. Sin ella, para nosotros no habrá paz. Ni paz buena, ni paz mala. Seríamos otra vez la colonia que no hubiéramos querido ser.

El método de la lucha contra los que ambicionan perpetuar el mundo viejo y trancional nuestro es el método heroico tendido para nosotros como punto de partida nuestra propia realidad de colonia. Nuestra definición ante la guerra no puede ser una elección de años imperiales, sino un enclavamiento de esperanzas. Si hacemos votos por las Naciones Unidas es porque creemos que con ellas nos acercamos hacia nuestra propia liberación. En el distingo entre totalitarismo y democracia va nuestra afirmación de querer ver a las naciones plenamente desarrolladas, sin el agravio del capital extranjero, con el fin de la fortuna de nuestra economía, sin el tutelaje metropolitano que no rompió del todo la revolución política de la independencia.

Si el mundo de la víspera fue el de las metrópolis, el mundo de hoy debe ser el de las colonias rescatadas e hechas naciones. Es decir, los colonias de América van a empezar a tener un mundo que hasta ayer no nos quiso contar. Nuestra contribución que debemos desde ya — nos delemos — a la paz futura y a la reconstrucción posbélica será la de buscar a nosotros mismos la de ir por la verdad de nuestros interiores — así como "El Patriota" de Pearl Buck — de internarnos en nuestro cotidiano continente olvidado y limar las fronteras políticas y tomar frías ahí para volver a los derechos, integridades, verdaderos, fraternales, hacia el mundo a pedir el trato de naciones. "Confederar los nuevos Estados en una gran República que se defenderá de Europa, sirviendo de contrapeso a los Estados Unidos y pesará en las decisiones políticas del mundo", pedía Bolívar. Que comparando el mundo nuevo, pedimos nosotros, en la sinceridad de la paz de los pueblos.

Paz de los pueblos. No será nuestra si el capitalismo subsiste con todas sus prerrogativas y derivaciones, si el Estado es el instrumento opresor, si la industria no sirve a las necesidades populares. Será nuestra si no decidimos a nacionalizar, si las causas nacionales desplazan banderas. Si nuestra América colonial sigue a México que reparte la tierra, que confisca a las compañías extranjeras, que se alista a la guerra contra el interior cuando el soberanismo nacional, México, americano, tumultuoso y guerrillero, es la ruta. Si la superamos, mejor.

Diego Abad de Santillán

Escritor y periodista. — Ex ministro de Economía de la Generalidad de Cataluña, durante la guerra de España. — Ex director de "La Protesta".

Grandes han sido los sacrificios realizados hasta aquí por los británicos, los norteamericanos, los chinos y los rusos para defenderse contra la agresión totalitaria, y grandes serán todos esos sacrificios en el sustrato, hasta el día en que las tropas vencedoras puedan desfilarse por Berlín, Tokio y Roma. Pero cuando termine la batalla de los tanques, de los cañones, de los aviones y de las naves de guerra, no habrá terminado más que una primera fase de la lucha por la paz. La fase militar quedará en pie, íntegramente, la necesidad de la hegemonía en otros terrenos para que no vuelva a producirse la guerra veinte años más tarde. Y será también una larga y encañonada batalla, en la cual tampoco podremos ser neutrales, como los pueblos que se refugian en el sal con la amenaza totalitaria, batalla en que hemos sido combatientes sin tregua en el curso de los últimos veinte años, cuando seestaban pacíficamente los que tenían obligación de servir a ella: gobiernos y pueblos.

Destruído el mito de la generación espontánea por la biología moderna, también ha caído el de la generación espontánea de la guerra. Nicolai ha podido titular una de sus grandes obras "Biología de la guerra", donde ha explicado las causas, las leyes, las tendencias como políticas, económicas y sociales de ese flagelo.

Los peñistas nos aseguran que se trata de un fenómeno indeseable, inherente a la naturaleza humana, y consideran estériles todos los esfuerzos tendientes a establecer la paz definitiva entre los hombres y los pueblos. Pero se han logrado hazañas no menos trascendentes por obra del ingenio humano. ¿Desde cuándo comenzó el hombre a querer volar como las aves? La leyenda de Icaro y su tragedia final es una lejana etapa en la conquista del espacio, pero en 1915 el vuelo mecánico — es un hecho — ya había borrado para siempre las distancias y ha desahogado el tiempo. La lucha por la paz no será tanta sencilla ni de rápidas victorias, pero es una honda aspiración humana que llegará a realizarse, como llegará a realizarse en otros terrenos, como no menos grandes. Y todo indica que hemos llegado al punto final de los ensayos románticos para poner fin a las hecatombes humanas y que esta guerra es el fin de la era de las batallas pluviales. La hegemonía adquirida, seguramente, otras formas. Y depende tanto de los pueblos como de sus gobiernos que esas formas no estén reñidas con el sentido de la humanidad y de la justicia.

La primera condición para la lucha por la paz, iniciada con la guerra, es el control de la fuerza y de la fuerza, es el reconocimiento de que la responsabilidad de la existencia de los gobiernos de fuerza y de violencia, dictatoriales y agresivos, no es solamente de los gobiernos, sino también de los pueblos. Grande es la mixta histórica que ha tocado en lote a Roosevelt y a un Chom de los pueblos como la conducción de esta contienda, pero ni durante la guerra, ni después de la guerra deben actuar como providencias superiores, sino el concurso activo, voluntario, espontáneo y alertas de los pueblos de las Naciones Unidas y de Gran Bretaña. Cuando se habla de la conducta del mundo ante la guerra española, se señala a un Chamberlain, a un Hitler, a un Mussolini, a un Blum o a un Daladier, como culpables supremos, pero en el crimen de la No intervención no es menor la responsabilidad directa y personal de los Estados Unidos, los ingleses, alemanes, franceses o de cualquier otro país. La lucha por la paz, para ser efectiva y decisiva, debe contar con la contribución de los pueblos en forma tal que haga impoible a las minorías privilegiadas y monopolistas la producción de las condiciones económicas, políticas y socia-

les de donde nace la guerra social, primer paso de la guerra entre las naciones y entre los continentes. En la política de las Naciones Unidas, después del tratado de Versalles, la gran culpa culpabilidad en los pueblos como en los gobiernos vencedores. Si esta vez los pueblos vuelven a la pasividad y a la indiferencia política, es castigo que ni Roosevelt ni nadie conseguirá por su propio esfuerzo personal establecer un orden mundial de paz y de cooperación solidaria y equitativa.

Stofford Crisp ha señalado otro de los grandes peligros para el porvenir: "El sistema totalitario derrotado —dijo— porque, como la revolución francesa, imprimió sus formas e ideas sobre las naciones vencidas, a menos que estemos despiertos al peligro y reuñamos en cuanto a la acción a realizar". Frente al "nuevo orden" hitleriano, las Naciones Unidas deben de establecer un orden mundial en el que la guerra sea impoible, pero existe el peligro de volver a la compasión. Pero, ¿la victoria de los vencidos, al penetrar sus ideas y sus métodos en el cuerpo político y social de los vencedores. Y es tanto mayor ese peligro cuanto que es evidente que las mismas democracias mantienen instituciones en descomposición, intrínsecas de las mismas potencias que repugnan a todo sentido de justicia y de libertad.

La personalidad humana puede ser optimista de muchas maneras y en nombre de muchas doctrinas, sin excluir la optimista por la historia privada que nos es tan querida por Etienne de la Boetie, el amigo de Montaigne. Cualquier sistema político y social que aplaste la personalidad humana es un sistema que atenta contra la paz social y contra la paz entre las naciones, y una de nuestras tareas principales consiste en los alcances de la personalidad humana, en la persona humana contra todos los factores, ideológicos y sistemas que han de querer debilitarla y suprimirla, para lo cual no fallarán argumentos, razones dialécticas, mitos, como el mito de la adaptación del socialismo por el camino del totalitarismo dictatorial.

En la contienda actual, segunda parte de la de 1914-18 en mayores proporciones, pero en el fondo con los mismos problemas, han hecho quéhacer valores que todavía se creían fundamentales e inconvertibles. En primer término, han hecho quéhacer los nacionalismos cerrados, esos nacionalismos de campamento sobre los cuales pueden levantarse tiranos de todas las magnitudes, pero que no tienen ni respaldo político ni respaldo económico ni realidad social. Ni hay nacionalismos indefectiblemente ligados a la realidad, ni hay fronteras y para todos los fines, y el acortamiento de todas las distancias, han dejado los nacionalismos del siglo XIX como anacronismos insostenibles. Pero si los nacionalismos de los países pluviales, los nacionalismos de los pueblos, superados, también deben ser superados los nacionalismos de las grandes potencias. Si se quiere un nuevo orden mundial estable, debe cimentarse sobre la justicia, y no es justo que las materias primas fundamentales para la vida universal sean monopolizadas por unos pocos países. En consecuencia, se señala ese punto: el libre acceso a las materias primas indispensables para las industrias mundiales y para el abastecimiento de los pueblos.

El tiempo ha una solución en la formación de unidades político-económicas de gran fuerza. Por ejemplo, en lugar de media docena de países centroamericanos, una federación centroamericana, y en lugar de media docena de países del continente suramericano, un conglomerado más completo, como el previsto por San Martín. Esos enlaces político-económicos tienen razón de ser como medios defensivos u ofensivos, pero en un régimen mundial de justicia no son necesarios o al menos pierden su primera razón de ser.

Los problemas que han producido la hecatombe de la guerra son de orden político, y las soluciones deben ser también de orden mundial, paz, por los pequeños y para los grandes, en forma tal que no haya opresores ni oprimidos, aunque siga habiendo diferentes niveles de cultura y de confort.

Se prevé para el porvenir inmediate una acción decisiva e indiscutible de cuatro grandes potencias: Estados Unidos,

Gran Bretaña, China y Rusia. Pero en la medida que en sus acuerdos primen los intereses particulares de esas grandes naciones sobre los intereses generales de las Naciones Unidas y de los vencidos, el nuevo orden será un paso hacia la justicia y hacia la libertad o una perpetuación, bajo nuevos nombres, de los sistemas y apetitos y pasiones que nos han llevado a esta catástrofe: triarían nuevamente los vencedores.

La piedra de toque para saber en qué medida irán los aliados hacia soluciones más equitativas, nos la dará el problema inaplazable del colonialismo. No pueden existir colonias y países con derechos iguales en el nuevo orden mundial que se establece después de la guerra. Presenciamos en estos momentos las disputas de los franceses en torno a las colonias de África: cada cual aspira a predominar sobre los demás, pero todos coinciden en que las colonias francesas de África y de Asia, y las colonias británicas de África y de Asia, que en el nuevo orden de las democracias también tendremos que habérselas con el racismo hitleriano? Las colonias del África del Norte, francesas, españolas o italianas, deben constituir naciones o entidades libres y autónomas, como en todas las partes del mundo. Si De Gaulle no hubiera ido a la Isla de la Reunión hay un hombre, representante de un valeroso pueblo africano, que también tendría derecho a decir algo sobre los destinos del África del Norte: ese hombre es Abdel-Krim.

Ni nacionalismos ni colonialismos para el porvenir. Y ya eso señala un programa de trabajo y de lucha para varias generaciones en la posguerra. La fuerza material de las naciones unidas, que anuncian la decisión de oponerse a los regímenes autoritarios, debe ser la fuerza moral que repugna a las poblaciones subyugadas de las grandes potencias luchan con todos los medios por su independencia? La independencia de los norteamericanos, los franceses, los ingleses —contando buena para sí mismos— que de ser un mal para los bereberes de Marruecos, para los árabes de Libia, en un palabra, para todos los pueblos del mundo?

El capitalismo privado, en la forma conocida hasta aquí, atascado simultáneamente por el socialismo que, aunque en crisis, no ha muerto, y por el totalitarismo neo-fascista, ha cumplido su misión y en tendrá en el porvenir las posibilidades que ha tenido en el siglo XIX. Pero en una superación racional del sistema que representa no hay ningún mal para los usufructuarios de sus privilegios ni para sus víctimas. Hay, cuando se supera, un mundo nuevo, un mundo de prosperidad al mundo. Ahora hay que hacer del aparato de producción, de la riqueza natural de los pueblos, instrumentos de significación social, en beneficio de todos. El método de los años puede ser el de la justicia, pero el método de las guerras no puede ser el de la justicia. En consecuencia, las guerras noitarias que usufructúan en beneficio particular los instrumentos de producción y las fuentes de materias primas, vuelven a cometer el gravísimo error de llamar en su auxilio a suciedades del fascismo, como el caballo en sueros llamados "hombres buenos" para poder burlar y montar por el, con el resultado de la pérdida de su libertad. El capitalismo alemán y el italiano, que llamaron al fascismo para que los defendiese contra el socialismo, han acabado por convertirse en esclavos de los intereses de la guerra. Pero el mundo puede dar resultados distintos, porque no hay una época propicia para el desarrollo de las formas típicas de la economía del siglo XIX.

Muchos y muy numerosos son los problemas que siguen una encuesta como la presente. Ni siquiera el estudio del tiempo para pasadas revueltas. Nos contentamos con advertir que la guerra militar, que se desarrolla en las mejores condiciones para las Naciones Unidas, no es más que una etapa de la guerra, la guerra política, la guerra económica, la guerra militar, y desde ahora, por la paz, por la justicia, por la libertad. Y si no continuase, el mundo no tardaría en volver a llorar lágrimas de sangre cuando toque la hora del sacrificio supremo a la generación que hoy da los primeros pasos.

DIEGO ABAD DE SANTILLÁN

D A R D O C U N E O

La historia de este hombre, de sus ideas y de sus actos es la que sigue. Desde

Como en el caso del "Marx" de Ribbén, en el "Jazz B" Justo de Cúseo la biografía del líder motiva la evocación del país y del tiempo. El libro, empero, aunque tiene frecuentes incursiones en la biografía novelesca, no constituye un ejemplar del género. Cúseo respeta con esmero la verdad objetiva y no pone sus pensamientos al servicio de una ideología, como lo hacen los autores de propios patrones. Y si alguna vez los discípulos de Sturany muestran algunos matices de subjetividad, una composición imaginaria, es este libro el que el lector se levanta o toda su patética gravedad para moverse con los gestos y las actitudes que le eran genuinos. Justo queda así evocado no sólo: como "la más completa de las personalidades del siglo XX", sino también como "el más grande de los intelectuales de la América del Sur disconformista". Polémosa opinión de Macedonio Fernández. En Cúseo, el lector también puede y realiza a lo largo de los once capítulos de su libro.

no se trata de una figura romanesca de caudillo, la suya es una historia más de sus ideas que de sus anécdotas. Ideas controvertibles, pero abonadas con el largo

caso realdo y juicio de época.

Libertad, o aspiración a forjarla, ha sido y es en el Sur poco menos que una fatalidad histórica. Todo intento unificador dentro del mundo americano que mutila o desconozca esa aspiración ingénita —ya sea en lo político, en lo económico, en lo moral— sería una ficción: pulverizable, por tanto, al primer soplo, como ceniza dispersada por el viento.

Tan noble sanción histórica se confundió con nuestro origen. Carcelamos de instituciones, pero teníamos —en inmanencia— ese vislumbre de la libertad. Fué una intuición, un presentimiento. De ahí que en sus horas más acingas la libertad luchó por subsistir como lo haría un hombre.

Si nos proclamamos americanos realistas, no erigiremos por rumbo y bandera un fastidioso escepticismo. Contrariamente, una de las premisas continentales debe ser

Acostumbremos la mente y el corazón a un axioma: aquí no hay víctimas ni victimarios. Millones de oprimidos de los campos y las ciudades —carne dolorida de la indigencia— no son víctimas, sino manos crispadas y heroicas que en su oscuro sacrificio nos están señalando el rumbo de una nueva Verdad americana. Todos somos necesarios. Nadie puede prescindir de nadie. Ya veis: pese a su inferioridad materialista, Indoeamérica lleva en sí una fuerza profunda insustituible para la estructuración unitaria del hemisferio. Sus lágrimas y su sangre obrarán, admirable paradoja, como agentes catalizadores en el fenómeno continental.

Por otra parte, peligrosa idea sería admitir que la cadena simbólica de nuestro destino va a enlazar simplemente con las urbes. ¡Nunca!... En la montaña, en la provincia, en la pampa, en el subsuelo, crepita una energía de inmensurable poder creador. ¡Que la urbe no lo desprecie!... Pero nosotros, custodios de esa energía, no la ocultemos: ¡brindémosla generosamente!

—¿Y qué subsiste en la América actual de la vieja lucha entre barbarie y civilización? ¿Plantéase, acaso, con la hermosa simplicidad denunciada por Sarmiento? Lejos de ello, la misma confusión de ideales, vocaciones, luchas y sufrimientos.

América debe ordenar ese confuso tráfico de falsos y verdaderos conceptos. De no hacerlo, la experiencia histórica de su identidad de hoy y de mañana resultará el más pueril y tonto de los espejismos.

Muchas ficciones aparecen así, como garfios invisibles, al cuerpo continental. Si se excusara la licencia diríamos que en muchos dirigentes políticos e intelectuales —tan imaginativos como poco realistas— subsiste una suerte de "epidemia del amor por la ficción," el "amor por la ficción" como una epidemia, generando una filosofía que llama verdad, hecho, realidad, a productos impalpables de la imaginación o del ensueño. Posteriormente a *"La Vorágine"* y a *"Huaspungo"*, la bibliografía torrencial de los escritores latinoamericanos, en especial de los argentinos, por momentos, que el único problema angustioso de América era el culto tras la fiebre de los cauchales, en el perdido misterio de la selva. La imaginación desbordante de algunos escritores y el afán desahogado de los cantilanes de las historias de aventuras, de los relatos de expedición, formaron realidades sangrientas de la vida americana; 2) a fuerza de ser repetit esas realidades con desesperado mimetismo, el lector terminó por no creer en ellas, o por subestimarlas, lo que provocó un rechazo generalizado. En la literatura constructiva de exposu la su otrolia ruidu,

A idéntico peligro nos condenan los indoeuropeístas excluyentes que en un santiamén crean una civilización americana perfecta de suyo, y la muestran ante el asombro de los neófitos como una evolución cultural ya cumplida. No nos engañemos: "Hay que andar despacio cuando se tiene prisa." Mucho hemos andado, mucho padecido. Pero estamos todavía en el dramático comienzo. No hablemos con gravedad de pueblos milenarios, sino con la nobleza de pueblos jóvenes tan convencidos de sus méritos como de la difícil y larga experiencia que aun tendrán que sufrir.

Otras ficciones de América ha creado el problema argentino, en lo que se refiere a la solidaridad continental. Los argentinos dogmáticos y los enemigos acérrimos de la transitoria posición de este país dentro de la política americana, caen en extremos ridículos. "Extrema se tangent": los extremos se tocan. En este caso, el punto de contacto es la coincidencia en la ficción. Observadores extranjeros dicen que la armonía entre los intereses de Argentina segregada es factible el equilibrio continental. Error tan craso y estúpido, como el de los nacionalistas obnubilados que predicán algo así como un espléndido aislamiento. Posiciones falsas y vacías de sentido, ambas. ¡América no tiene patria! Argentina: Argentina no tiene patria. ¡América no tiene patria! Argentina: Argentina no tiene patria.

Las jóvenes generaciones tendrán que prevverse contra el virus de esas ficciones que nos llegan del pasado, o de la sombra de la sombra de la confusión actual. La realidad de América es una e indivisible, lograda o por lograrla. Sobre su pecho inmenso tendremos que inscribir el programa de un mundo joven y libre. Vanos serán los esfuerzos, si no extirpamos del continente mil gérmenes infectos que todavía existen, y actúan, y corrompen. Recordemos un adagio chino de brutal elocuencia: "Es imposible tallar sobre madera podrida".

THE CHINESE

Dr. J. H. H. H. H.

Hundíanse los pies en el polvo acumulado por los viejos, tomándose e incontinentes, mientras marchaba entre los charcos y la jarilla, de mortecino color rojo, que se agostaban a los costados del camino.

La escurridiza aroma succida a la odiosa greda, apesada las algaratas, y traía lentamente a su alcance, los cerros que desaparecían sus forjados rumbos. Diose atrás la carretilla del ferrocarril, pasando por debajo de las vías que trazaban una paralela en el alto.

Después de un recodo tuvo a la vista el rancho perdido en el hemisferio de colinas que cerraban el horizonte. Dabale entonces el perfil. Vio la archa china saliendo destacándose de la pared, y el esqueja de la enramada, frente a la colina.

Formando patio, un cuadrángulo de romas secas de chiras se extendía, e lo largo de toda la primitiva habitación, compuesta por la cocina y un solo cuarto.

El suelo, piteado y duro, se extendía hasta la única planta que rompía la aridez gráscica, un afoso chahar, junto a las hucías chapas del tanque australiano.

Algunas chivas, notician las latas puestas. El viejo Paineira se desarticuló llevando el caballo por un dero; descendió y le vino al encuentro. Su rechoncha silueta se deslució de las piedras, y pronto lo tuvo cerca, con sus ojillos plicados que se achicaron un poco al mirarlo. Sonreía, le mal arreglos de su rostro chato, color cobre destido.

La curiosidad expulsó del rancho a una mujer de largo vestido negro, polvoriento y un racimo de muchachones, cohibidos y embultados en bombachas hombrosas.

Aproximó la mujer para cambiar los cansados salud, apenas murmurados al rozar de la mano, y empujó en un solo aliento:

—¿Cómo-le-va-bien-y-a-usted?

Bojó la enramada tomó asiento sobre rásticos troncos desecados. Al sobresalto producido por la llegada sucedió uno de esos silencios diplomáticos, en que los interlocutores parecen oírse y examinarse, disimuladamente, como presuntos antagonistas.

El viejo se ubió frente a él, buscando institutivamente un apoyo que le guardara las espaldas. La mujer recostó contra la puerta de la cocina. Dispersaron los muchachos, lo suficiente como para no intervenir en la conversación y, a la vez, no perder palabra ni gesto.

Zambaban las chicharras. Un brusco golpe del molino, en cuyas delatas se centraba el viento, quebró, eléctrico, la expectación.

Encendiéndose, lentamente, un cigarrillo. Don Marcelo lanzó, con sumo cuidado, la primera linfa.

—La varilla debe estar suelta —dijo—.

El blanco tocado, dos muestras de inquieto recelo.

—¿Varilla suelta? —preguntó Paineira, mientras brillaban, perplejas, sus ojillos—. ¿Cómo, si echa agua?

—Cuando la varilla golpea abajo, indica que empieza a desahogarse.

El viejo, cuyo corcel era impermeable a aquellas cuestiones de técnicos, echó un vistazo a la rueda juguetona, y se encerró en el silencio.

Una refusa de este se desprendió de las colinas, corrió al polvo del lento chispeo en el molino, abofetando los rostros. El olor de la carnosidad dilató sus narices y, con horrenda acentuación de la muerte, le cortó la respiración. Ya la mirada anudada inquieta, igual que cueros anasias buscando el fondo del cual empuja y no se detuvo hasta dar con un montón informe de cueros frescos.

El sensible organismo de Don Marcelo, reaccionó ante el golpe con una indiferencia concentrada.

—¿Y eso?

—Vacas muy flacas —respondió Paineira— y se emplezan a morir.

Toda la nevroticidad del dueño de la estancia se describía en el movimiento rápido e incesante, de su pie derecho, que cabalgaba sobre la otra pierna, y respondía a la confirmación de sus temores con una pitada profunda y prolongada. Entonces la mujer se volvió a él, y con voz clara, lanzó una imagen que sonó rotunda y con la exactitud de una definición.

—¿Están como tísticas!

Despidiéndose las manos del viejo, líntas en sangre y sucias de tierra, extendieron sus articulaciones nudosas.

—¿Ve, Don Marcelo?, acabamos de carnar y sacar cueros —y, humeando, agregó—. Tal vez estén un poco pasados.

Pensativo, y como si hablara consigo mismo, murmuró Don Marcelo:

—Con los otros cueros puede ser que pasen... Última que se muera las vacas, justo ahora...

—Monte está muy seco. Plantas peladas, larja comida.

—Se prolonga demasiado la sequía... Si aparece algún animal que esté muy débil, ariseme. Lo llevaremos abajo y lo tremeamos de valvoro.

Los párpados velaron sus pupilas. Quizá apenas entrara el velvín silencio de la mujer que asista a su esposo mientras se lavaba las manos, bajo un chorro de agua que ella dejaba caer de una vieja lata.

Ella acataba, humildemente, las órdenes del viejo, llená de una ruminación resignada, cumpliendo sus funciones casi con delicadeza y dulzura.

Ante los ojos de Don Marcelo la figura de aquellos se rasizaba borrosa. Fue perdiendo forma, concreción. Su individualidad se esfumó, convirtiéndose en abstracciones, en símbolos. En primer término apareció como barge tipificado por el propio destino: fue luego Verbo, Inteligencia, Ideal, según la concepción los distintos coros religiosos o filosóficos.

Transformóse en conjunto de fuerzas nucleares, en complicado mecanismo, especie de robot mágico al azar de una



combinación química, puramente fortuita. Al calor de una nueva tentación cada una de sus células adquirió movimiento, convirtiéndose en una enorme vibración.

Finalmente, gracias a la aparición de un par de pollitos que pisan agua en las pies, aquellas sombras fueron nuevamente una realidad.

—Empaques la esquila mañana —dijo Don Marcelo, tanteando el terreno, y, transcurrida una pausa prudente, agregó:— ¿Quieres venir de playero?

—Presintió el viejo aquello, o lo tomó despreocupado?

Paineira reaccionó con calma. Permaneció en su actitud de honda preocupación unos instantes. Hundiéndose las dos manos en el abdomen, respondió en seguida:

—No puedo ir. Me duele mucho aquí. No he podido dormir en la noche.

Se vez remanaba quimbrosia, acompañada en el balanceo de su entonación, y transformando las tres palabras en énfasis.

—¿Hay sinismos sentidos?

El estrato mecánico de sus mentes, orientadas hacia dimensiones distantes de las del instante, la palpitación de sus organismos, parecían flotar alrededor de ellos en un halo etéreo y pomalo.

La voz de la mujer, anudada, extrañamente suave, llegó a través de abismos inmensos.

—Es como un dolor cansado.

Una corriente de sinapsis establecidas entre las cóvexes, mientras ambos ordenaban sus ideas, Marcela, haciéndole una descripción detallada de los síntomas y de los remedios aplicados. De la enfermedad del estrato pasaron a la del corazón, y de los baches con cuba hasta la absorción del corral, en lo peor, recordando por el estancamiento, y de aquí, finalmente, recordando por la ira.

El molino titilaba el ojo: exprimiéndolo el agua que vertía, ruidosamente, en el tanque.

Encastillados en su hospitalidad los muchachos escuchaban por donde podían, presintiendo, tal vez, un peligro que se venía sobre sus cabezas.

Y el golpe anagado se descargó:

—¿No podría venir tú?

El aludido, que dentro al diálogo, mudo y arisco, vio cómo su padre se elevaba a la tala de salvación que le ofrecían aquellos, preguntó, y finalmente, hecho de impotencia, le daba consejo:

—Mira que trabajo difícil. Hasta hoy mismo buqueamos equivocados con la vida. Que ser rápido, contra velleones, y dar la lata por cada —dijo, marcando los artículos, que ramosaba y trapaba.

Y el muchacho escuchaba, mudo, sin revelar las reacciones de su orfano, sumergido en un mundo lejano, distinto, extraño, y tal vez opuesto.

Las lomas se araban de violeta. Sobre la bodega celeste extendiéndose el tenue rosado de una neblina pura. El día se disolvía en ondas de colores que se enroscaban alrededor de sus sentidos.

Entonces se produjo algo inesperado.

De la casa saltó la música queimbaban de una armonización que convertía cierto nutrido fútil, en la prolongación de un aliento humano.

Rotando del silencio, esa música dulzona suavizó la aridez del paisaje. Sentado, por encima del miserable rancho, cuyas paredes empezaban a inclinarse, se arrojó por la cornada, y, después de revolotear junto al extraño, se perdió entre los picos.

El se atravesó ante el influjo de la escena y vió una nota, que parecía rebalsar por algún labal nudo, un balador de lites presen en el enorme abismo que las dividía y separaba: en la imposibilidad de concordancia de sus mentes dispuso:

Volvióse, dejando atrás el desolado camino vacío, como días de la vida, vió vividos...

L U I S O R S E T T I

HOMBRE DE AMERICA

Es: su posible felicidad sexual

C O N T I N U A C I O N

En la día las ciencias biológicas confirman más la razón del viejo alfonso romano: "Qualis uero, talis femina" (tal uero, tal femina). En esa extensión de los caracteres de los caracteres, y, lógicamente, también sobre los múltiples factores de un atractivo sexual que, en definitiva, depende de la fuerza de la vida, en la misma proporción que, en el varón, la secreción interna de los testículos es la que realista la masculinidad. Fue de acuerdo a nuestros conocimientos, podemos afirmar, postulando la vida, frase, pero con mucha más propiedad. La ovario tal mujer. Naturalmente que este nuevo motivo animal y con igual una verdad desde el punto de vista puramente animal, y con igual valor para todas las especies, pero no en el humano, y mucho menos en el humano civilizado, y menos aún en el humano civilizado.

Ya Virchow (1821-1902), contemporáneo de Brown Sequard (1817-1891), fue decir que bien poco o nada podía saber de lo que hoy conocemos de las secreciones internas, dice que en la mujer las cualidades de su cuerpo, de su espíritu, lo que en ella nos place, lo que nos irrita, lo que nos atrae, lo que nos repugna, fuere, en último término del estado fisiológico de sus ovarios.

Desde que la magnífica genética de Claudio Bernard y los extraordinarios trabajos de Brown Sequard fundaron las teorías de las secreciones internas y el segundo echó los baus de la endocrinología y de la opterapia modernas han pasado muchos años de labor científica, y los progresos, en esta materia, han superado el tiempo, descubriendo y creando verdaderas maravillas, tanto que, ya en 1915, Marañón podía decir: "Todos saben qué enorme es la literatura acumulada sobre la vida sexual, en sus varios aspectos: fisiológicos, patológicos, sociales, etc., pero mucho que sea lo que se investigue y lo que se escriba, no se agota el interés que el tema despierta. A despecho de todo, la vida de los hombres gira durante muchos años en torno de enigmas sexuales, y aun a las cosas que más apartadas parecen de ellos sexual recien, desde lejos su influencia, y, más o menos indirectamente, obedecen a ella. Ahora bien, todo el complicado conjunto de las relaciones íntimas, como todo lo que concierne, considerado desde un punto de vista biológico, viene a reducirse a un capítulo de fisiología normal y de fisiología de las secreciones internas, cuando que las almas están pringadas por las principales influencias en los accidentes de la vida sexual, aunque no exclusivamente. Marañón, al mismo tiempo, la misma opinión, reconoce la enorme importancia, casi preponderante, de todo lo relacionado a la influencia sexual en la vida humana, y, cuando él dice: "gira durante muchos años", se refiere, naturalmente, a los años de actividad sexual que pueden prolongarse más o menos según los individuos, pero en todos los casos, son los de mayor hábito intelectual y de mayor productividad en general.

Pero en el ser humano, más aun en el civilizado, y mucho más en el de nuestra "civilización" urbana, influyen otros factores que, en cada momento, en cada día, por causas tan diversas, en contraposición a las naturales y trascienden.

En la práctica profesional, todos los médicos venimos a diario como una gran cantidad de personas que, por causas tan diversas, intervienen tanto en el hombre como en la mujer, pero mucho más en la mujer, alterando todas las posibles funciones orgánicas, o mejor dicho psico-orgánicas, ya que en la especie humana el cuerpo va más imposible disociar, en ningún momento, esos dos factores que hacen la personalidad humana: el cuerpo y el espíritu. La vida, como la misma la dignifica que la intelectual, pueden alterarse por causas físicas, las más sensibles frente a estas causas son dependientes de las esferas orgánicas, psico-sexuales, por ejemplo: las impresiones físicas, las grandes emociones placenteras o dolorosas, las preocupaciones de cualquier índole, los temores, los deseos reprimidos, la ansiedad, los estados angustiosos, los recuerdos conscientes o los inconscientes o subconscientes acumulados desde que se usó la palabra, todo lo que puede obrar directa o indirectamente sobre el espíritu, según las circunstancias y los momentos individuales o en relaciones sociales, exaltando, deprimiendo, anulando o enflaqueciendo este grande y preponderante sector de la personalidad humana "alrededor del cual la vida de los hombres gira durante muchos años", y frente al cual, en cual-

quier momento, toda la posible grandeza o superioridad del hombre actual se convierte en pobre pequeño humano.

Cuando al crítico actual se le oye podemos asegurar que tiene sus fuertes en un conjunto de factores hormonales, nerviosos y físicos, interviniendo en estos últimos todos los posibles elementos del ambiente, sean estos excitantes o deprimentes, para bien o para mal, según o deprimen, o en favor o en contra de las necesidades fisiológicas, de la sensibilidad, de los afectos, de los sentimientos o de las posibilidades sociales de los individuos. Esta concepción constante entre las secreciones internas, el sistema nervioso y el psíquico, que hoy comprendemos que es lo que hace la verdadera personalidad social del ser humano, es, también, la base sólida de la sexología moderna, sexología que, al referirse a la sexualidad humana, casi ningún caso puede ser sexológico sino también psicológico.

Esta psico-sexología nos enseña que ninguna de nuestras células, de cualquiera de las teorías que nos enseñan a utilizar, en momento alguno, a la influencia poderosa o al sexual. Que es en la vida que nos erotiza, y que es en esa erotización lo que, en el lenguaje psicoanalítico con toda la acepción que esta nueva ciencia le da al término, no forma. Son justamente las elementos de orden extrínsecos tan instrumentales y en su vida tan importante pueden obrar en su correlación vital, influyendo para producir cualquier desequilibrio en su magnífica cohesión, los que más nos interesan en estos trabajos y los que nos obligan a decir que la mujer civilizada es una en forma.

Todas las teorías y las demostraciones de la psicología normal y patológica, del psicoanálisis y de la psiquiatría, desde Bleuler, Freud, Bressi, Adler, Sigmund, Jung, Lacan y tantos otros, cada uno desde sus distintos puntos de vista pero todos más o menos coincidentes, nos han hecho ver cómo "lo incoherente", "la libido", la vida intuitiva, "el conflicto anímico", la "represión de deseos" y tantos otros fenómenos del mismo tipo, nos los encontramos inevitablemente, y hasta fantasmagóricos para el vulgo, que están en todas partes, que aparecen en cada paso, que no nos dejan de día ni de noche, que controlan todos los actos de nuestra vida. Esta nueva ciencia ha derivado muchos momentos científicos que durante muchos años y siglos orientaron nuestros conocimientos y por consecuencia las relaciones humanas, aunque no en todas estas relaciones asienten sobre conocimientos científicos.

En el terreno de la patología de la mujer, desde Hipócrates y Galeno hasta la histeria, desde Kraepelin, Möbius, Bleuler y otros, se consideraron a las enfermedades ginecológicas como causantes de todos los trastornos histéricos y de muchas psicosis. Hasta, por ejemplo, como Bauli que, con esas teorías, afirmaba que los directores de los manicomios debían ser ginecólogos. De lo más curioso es el concepto que se guardaba que la mujer era la fuente de todos los males, o al criterio científico de la época en que los padres de la histeria dudaban si la mujer era o no un ser humano, como causante de todos los males, como la del hombre, no hay más que grandes y diferentes ideas.

La idea de que las enfermedades de los órganos genitales y sexuales de la mujer que hoy entendemos como trastornos no psíquicos se ha ido extinguiendo poco a poco, a medida que la ciencia ha hecho conocer nuevas y más positivas verdades, y porque la verdad científica nunca debe ser totalmente absoluta, sino que se acerca a que sea (no nos olvidemos nunca de Einstein), hoy sabemos que existen perturbaciones psico-sexuales que pueden actuar sobre todas las fases de la personalidad, pero

C A N J E

Boletín de Educación, Santa Fe; Correo de Asturias, Buenos Aires; Cultura, Cañadía de Gómez; Cultura, Tribuna de Cristianismo Integral, Buenos Aires; El Auto Argentino, Buenos Aires; El Argentino, Saladillo; El Magisterio, Corrientes; El Surco, Cruz Alta; El Indio, Buenos Aires; El Auto Rosarino, Rosario; El Puerto, Ing. White, Educación (Rosario); Córdoba; Guayaquil, Mendoza; Itinerario de América, Buenos Aires; La Reforma, Tucumán; La Verdad, Salta; La Luz, Villa Constitución; La Verdad, Resistencia; Nueva Época, General Avelar; Norte, Villa, Avellaneda; Nuevo Época, Punta Alta; Sarmiento, Rosario; Unión, Rosario; Vida Comercial, Rosario.

Boletín Bibliográfico, Yucatana (México) Boletín de la Unión Panamericana, Washington; Chorotea, Masaya (Nicaragua); El Pueblo, San, La Caba (Uruguay); España Libre, New York (U. S. A.); El Observador, Irapuato (México); En Viaje, Santiago (Chile); Forma, Revista de Arte, Santiago (Chile); Gaceta de Lineira, R. de Janeiro (Brasil); La Libertad, San Carlos (Uruguay); La Adhara del Refugiado, New York (U. S. A.); México Agrario, México; Marcha, Montevideo (Uruguay); Norma, O. de Lavalle (Uruguay); Mancomunidad, México; Renacimiento, Caracas (Venezuela); Revista Nacional de Cultura, Caracas (Venezuela).

que nada tiene que ver con las enfermedades puramente ginecológicas, sabemos también que muchos síntomas ginecológicos pueden ser originados por influjos anímicos, que algunos trastornos anímico-ginecológicos repercuten sobre el sistema nervioso hasta poder trastornar el psiquismo, sabemos que muchos trastornos de la función genital en los órganos anatómicamente normales, pueden ser producidos por causas físicas, etc. Conocemos, como una vez, la interdependencia de todos los órganos y funciones de nuestro ser.

Entre los trastornos que hoy más nos interesan, que aquejan a mayor número de mujeres, están las distintas tipos de dismenorrea (menstruaciones difíciles y dolorosas). Es indudablemente a este síndrome de tan fácil observación, nos para el prelo en medicina, al que se refiere Micolet para explicar que la mujer por el solo hecho de tener menstruación, vive de hecho en una enferma.

Micolet (1798-1874), aunque liberal y democrático, vivió casi toda su vida pro-

curbió que en el libro que no ocupa ha tenido una influencia poderosa en la vida sentimental: se casó por primera vez a los 26 años, enviudo a los 51, se volvió a casar con una mujer joven, con la que se casó por personalidad, a los 54 años y publicó "El amor" a los 60 años.

El mismo Micolet, en el capítulo que nos ocupa, da la razón a nuestra tesis cuando dice: "Es que un estado pasional? No. Cuando la mujer no despierta su sexo con un trabajo intelectual, cuando se convierte en hombre; cuando no crea de ser mujer, se encuentra por lo general enferma una semana a lo menos por cada cuatro; pudiendo decir que si a la mujer le falta el trabajo intelectual a la vez que el físico, que procede a la vez de la crisis, así como los ocho días que siguen a esta semana dolorosa los pasa en una languidez y debilidad, no explicada antes, pero ahora conocida, así la cicatrización de la vida, por que en el fondo, constituye todo este drama, no es sino que veinte días en cada semana debe decirse casi siempre la mujer no es en realidad, una enferma únicamente, sino una mujer que vive, desahucadamente, en la vida física del cuerpo."

En el mismo capítulo dice: "Quieren saber quién es la persona verdaderamente degradada y la imagen perfecta de la piedad? Es la mujer que, en invierno y de determinadas días, lecorada y temerosa de ciertos accidentes prosaicos que a menudo se presentan simultáneamente, se obliga a ir a la alba a retirarse en medio de una turbulencia y frío." Habla de las mujeres de su mundo, de las únicas que conoce y siente, de las únicas que son perfectamente mujeres, según él, de las que, según nosotros, padecen de la enfermedad que los produce ese mundo que las deshumaniza transformándolas en "el objeto del amor" en esos seres fríos que, al trabajar, si supiesen personalidad humana, le se aunar a su estúpida enfermedad, se equiparan a esas "locas, empresas que desde niñas se convierten en hombres", pero que los completos femeninas porque son sanas, fuertes, felices y alegres, porque saben amar y hacer feliz al hombre que ama, y porque son excelentes madres.

Nos interesa la personalidad y la obra de Micolet porque él y todos los que pensamos como él, hicieron escuela, y porque designadamente nos hoy el concepto que tenía se basa en los principios de una escuela. Hay muchos médicos, vicios y enfermedades, que, a pesar de conocer todo lo que enseñó la ciencia moderna, piensan exactamente igual a lo que pensaba Micolet y actúan, profesional y socialmente, estando siempre a esos conceptos.

Ahora bien, la mayoría de los sexólogos que más han profundizado en esta materia, como Maudsley, Flavell, Ellis, Ellis, y tantos otros, estudiando social y biológicamente los hechos más variados, desde las tribus salvajes primitivas hasta los pueblos de las más diversas civilizaciones, nos enseñan, que todos esos trastornos que hacen de la mujer una enferma son totalmente desconocidos entre las mujeres que viven más naturalmente y que empiezan a aparecer y a intensificarse a medida que los conceptos morales y sociales de las civilizaciones las van transformando.

Vemos pues que el error del autor de la "Historia de la Revolución Francesa", "La mujer" (El pájaro) que hoy nos interesa, magníficos hoy solamente puede ser aceptado, tal o aparentemente, como una tesis por los que se unen algún interés intelectual o social para explotarlo, pues no se concibe que puedan existir ideas que se deban de actuar en sociedad como intelectualmente superiores para los que, con criterio científico, la mujer, cuando más, una menor de edad, con todas las deficiencias de tal, en la especie humana.

Dr. Edgardo Casella
ODONTOLOGO
Especialmente cirugía dental
maxilar

Consultas:
CALLAO 43 — Piso 2°.
U. T. 35 — 5187
Martes, jueves y sábados
de 15 a 19 horas

Avda. DIRECTORIO 2548
U. T. 63 — 7938
Lunes, miércoles y viernes
de 15 a 20 horas

Dr. Manuel Martín
Fernández

MEDICO
CONSTITUCION 367
U. T. 744 - 763
San Fernando F. C. C. A.

Dr. JUAN LAZARTE

MEDICO
SAN GENARO F. C. C. A.

Dr. LEON ARENDAR
MEDICO
PAYON 3700
U. T. Lons 241-108

LANUS F. C. S.
San Fernando F. C. C. A.

FERRETERIA
"EL PINCEL"
DEL MEDICO HNOS.

Presenta la mejor variedad en papeles plateados
IMPORTACION DIRECTA
RIVADAVIA 5712
Unión Telefónica 60-3024

Dr. Enrique U. Corona
Martínez
ABOGADO

LAVALLE 1268
U. T. 35, Libertad 3853

R. LOTITO
ALIMENTACION - GIMNASIO
MATERIA MASAJES
San Martín, Jueves y Sábados
COSTA RICA 4418
— U. T. 72 - 4348

Dr. S. L. SACK
MEDICO NATURISTA
AVENIDA PELLEGRINI 1222
U. T. 8657 ROSARIO

Eva Vivé de García
PARTERA
Consultas todos los días
de 14 a 20 horas:
JULY 1240 U. T. 45-4009

Dr. LOLA QUIROGA
ODONTOLOGA
CONSTITUCION 567
U. T. 744 - 763
San Fernando F. C. C. A.

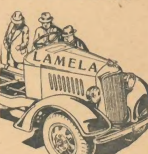
"CASA ARIAS"
de ARIAS y RODRIGUEZ
Gran fábrica de muebles de todas las medidas y confort.
Nº 4956 esquina MENDOZA - Pta. 2146. (CORRIENTES)

UN HOGAR PARA NATURISTAS
Alimentación compatible
Clima seco y benigno durante todo el año
Alvaro Pamies. - Granja Iris
LA CUMBRE
CORDOBA

SUSCRIBASE
A
HOMBRE
\$ 3 50
por
12
DE
AMERICA
números.

ENVIE EL IMPORTE EN
CIRO O BONO POSTAL

ACADEMIA
DE CHOFERES
"LAMELA"



MANEJO - TECNICA
y REGISTRO, \$ 50.-
Rápidos - Facilidades
AUTOS PARA EXAMEN
DIAZ VELEZ 4772
U. T. 60-7948 y 0103

Dr. MANUEL MARTIN FERNANDEZ

HOMBRE DE AMERICA

HOMBRE DE AMERICA

HOMBRE DE AMÉRICA

FUERTE Y LIBRE

AÑO IV FEBRERO DE 1943 N° 18
REGISTRO DE PROPIEDAD INTELECTUAL N° 071781

NOMINA DE COLABORADORES

P O R O R D E N A L F A B E T I C O

Paco Aguilar — Miguel Angel Angueira — Germán Arciniegas.
Tito L. Bancescu — Julio R. Barcos — Leónidas Barletta — José Basiglio Agosti — Prof. Francisco C. Bendicente — Ing. Carlos Bianchi — Aurora Bogú — Herminia Brumana — Marta Brunet — Antonio J. Buchh.
Dr. Edgardo Casella — Oscar Cerruto — Dr. Florencio Charola — Justino Cornejo (Ecuador) — Dr. Enrique Corona Martínez — Olga Cossetini — Dardo Cúneo.
Carlos de Baraibar — A. Diaz Urrieta — Serafín Delmar.
Oscar Falchetti — Luis Fernández Zárate — Waldo Frank (E. Unidos).
Gerardo Gallegos (Cuba) — Dr. Rafael Grinfeld — Gilberto González y Contreras (Cuba).
Jorge Heas — Prof. Dr. Alfonso L. Herrera (México) — Josua Hochstein (Estados Unidos).
Dr. Juan Lázarte — Layle Lane (Estados Unidos) — Dr. Enrique Loedel Palumbo — Alfonso Longuet.
Dr. Manuel Martín Fernández — Mauricio Magdaleno (México) — Ing. Jacobo Maguid — Alberto Maritano — Aurelio Martínez (Perú) — Félix Molina Téllez.
Dr. Isidro J. Odona — Juan G. Olmedilla — Luis Orsetti.
Lucila Palacios (Venezuela) — Armando Panizza — María Luisa Petettin — Magda Portal — Enrique Portugal — Jacobo Prince.
Eugen Relgis (Rumania) — José Riera (Bolivia) — Octavio Rivas Rooney — Horacio E. Roqué.
Dr. L. Sack — Dr. Alberto Sagastume Berra — Diego Abad de Santillán — Dr. Jaime Scolnik — S. Fanny Simon (Estados Unidos) — Dr. Joao da Souza Ferraz (Brasil) — Juan Antonio Solari — Agustín Souchy.
Dr. Saúl Taborda — Andrés Townsend Escurrea — Jacinto Toranzo — Prof. Victor Troncoso (Chile) — Ricardo Tudela.
Abraham Valdez (Bolivia) — Rafael Hellodoro Valle (México) — Antonio Vázquez Escalante — Arturo Vilches — Dr. Elemet von Karman.
Alvaro Yunque.

ILUSTRADORES

Cambor — Carylbe — Gustavo Cochet — Enrique Fernández Chelo — José Antonio Ginzó — Emma Jauch — Kras — Pedro Olmos — José Planas — Francisco A. de Santo — Demetrio Urruchúa.

Dirección: A. CUPIT

Redacción y
Administración
ALSINA 736
BUENOS AIRES
U. T. 34 - Defensa 0297

Toda la correspondencia debe ser dirigida a nombre de A. CUPIT, Ginas y toda clase de valores a VICENTE CASADO

Suscripción anual:
ARGENTINA: \$ 3.50
EXTERIOR: 1 dólar
Ejemplar: 30 centavos
Exterior: 0.10 dólar

La responsabilidad de los conceptos e ideas expuestas en los trabajos firmados que se publican incumbe exclusivamente a sus autores. El Comité de Dirección, de acuerdo con el criterio enunciado en la Declaración inicial, no ejerce censura previa sobre las colaboraciones, ni aun en las secciones fijas, a cargo de redactores permanentes. Por tanto, declara que en ningún caso ellas implican una opinión oficial de HOMBRE DE AMERICA.

Se autoriza la reproducción parcial o total de los trabajos publicados, con la mención siguiente: "De la revista HOMBRE DE AMERICA".

CORREO ARGENTINO
TARIFA REDUCIDA
Concesión N° 4895

Impreso en Argentina
Printed in Argentina